

9-18

Las Aventuras de **Charlesman** y su perro **Max**



DE: CHARLES ALEXANDER SABLICH HUAMANI

PARA: CHARLES EMANUEL SABLICH VERA

ICA-PERÚ, SEP. 2025

**LAS AVENTURAS DE CHARLESMAN Y
SU PERRO MAX
- UNA AVENTURA DETECTIVESCA -**

ÍNDICE

LAS AVENTURAS DE CHARLESMAN Y SU PERRO MAX.....	2
UNA AVENTURA DETECTIVESCA.....	2
INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULOS.....	5
EPÍLOGO	8
CARACTERÍSTICAS NARRATIVAS	9
RESUMEN	10
PRÓLOGO.....	12
CAPÍTULO I	14
EL PRIMER CASO: EL MISTERIO DE LA BIBLIOTECA DESAPARECIDA..	14
CAPÍTULO II	18
CÓDIGO ROTO: EL ROBO INFORMÁTICO EN EL COLEGIO	19
CAPÍTULO III	27
SOMBRAS EN EL PARQUE: UN ASESINATO EN LA CIUDAD	28
CAPÍTULO IV.....	34
EL SECRETO DEL BANCO CERRADO	35
CAPÍTULO V.....	42
EL MISTERIOSO MENSAJE EN LA PARED	43
CAPÍTULO VI.....	50
RASTROS EN LA NIEVE: UN SECUESTRO EN LAS ALTURAS.....	51
CAPÍTULO VII.....	58
EL ENIGMA DEL CUENTO ROBADO	59
CAPÍTULO VIII.....	64
MAX EN ACCIÓN: LA HUELLA CANINA	65
CAPÍTULO IX.....	71
LUCES Y SOMBRAS EN EL MUSEO.....	72

CAPÍTULO X.....	79
VIGILANCIA OCULTA: EL ESPÍA ENTRE NOSOTROS	80
CAPÍTULO XI.....	91
EL PUENTE DEL SILENCIO	92
CAPÍTULO XII.....	99
EL ROBO DE IDENTIDAD DIGITAL	100
CAPÍTULO XIII.....	107
LA VOZ EN LA RADIO	108
CAPÍTULO XIV	118
PISTAS EN LA NIEBLA.....	119
CAPÍTULO XV	125
LA DECODIFICACIÓN FINAL.....	126

INTRODUCCIÓN

Presentación de Charlesman, un niño de nueve años con mente analítica, excelentes habilidades de observación y deducción, y su perro fiel Max. Se establece el escenario en un barrio de Lima que combina lo cotidiano con secretos oscuros, e introduce la pasión de Charlesman por resolver crímenes y misterios.

CAPÍTULOS

1. El primer caso: El misterio de la biblioteca desaparecida

Charlesman descubre pistas intrigantes en la biblioteca del barrio, dando inicio a su oficio detectivesco.

2. Código roto: El robo informático en el colegio

Investiga un hackeo que afecta la base de datos escolares, desplegando su conocimiento en delitos informáticos.

3. Sombras en el parque: Un asesinato en la ciudad

Charlesman estudia la escena de un homicidio, utilizando la ciencia forense para encontrar evidencias invisibles.

4. El secreto del banco cerrado

Un robo disruptivo a un banco despierta la curiosidad del joven detective y su perro Max.

5. El misterioso mensaje en la pared

Descifra un código cifrado encontrado en un muro, una pista que conduce a un caso de espionaje.

6. Rastros en la nieve: Un secuestro en las alturas

Una desaparición en la sierra peruana desafía la lógica y pone a prueba la deducción de Charlesman.

7. El enigma del cuento robado

Investiga el robo de un antiguo manuscrito en una casa de antigüedades.

8. Max en acción: La huella canina

El perro Max juega un papel decisivo en un caso de contrabando.

9. Luces y sombras en el museo

Un intento de robo a piezas arqueológicas encierra un misterio mayor.

10. Vigilancia oculta: El espía entre nosotros

Charlesman descubre un agente secreto infiltrado en su colegio.

11. El puente del silencio

Un crimen bajo un puente bohemio conecta con una red criminal.

12. El robo de identidad digital

Un cliente sufre una suplantación que complica su vida, y el joven detective desentraña la trama.

13. La voz en la radio

Un mensaje codificado transmitido por radio desencadena una intriga.

14. Pistas en la niebla

Un enigma en un barrio misterioso obliga a Charlesman a confiar solo en sus mecanismos deductivos.

15. La decodificación final

Se revelan conexiones entre los casos anteriores, trazando un complot mayor.

EPÍLOGO

Charlesman reflexiona sobre lo logrado, agradece a Max y anticipa nuevas investigaciones por venir. Se deja abierta la posibilidad para una próxima entrega con nuevos casos y desarrollo de personajes secundarios.

Después de tantas investigaciones, misterios y aventuras, Charlesman y Max se convirtieron en más que un niño y su perro; eran un equipo inseparable, un símbolo de justicia y curiosidad en su barrio. Cada caso les enseñó que la verdad y la justicia no siempre son fáciles de encontrar, pero con paciencia, observación y valentía, ningún misterio es imposible de resolver.

Aunque muchos secretos quedaron al descubierto, otros tantos esperan ser descubiertos, y cada rincón del barrio guarda una historia que merece ser contada. Charlesman sabe que sus días estarán llenos de nuevas preguntas y desafíos, y que Max siempre estará a su lado, listo para seguir la pista.

Este viaje apenas comienza, y para quienes disfrutaron de la aventura y del conocimiento, esta historia es solo el primer capítulo de muchos por venir.

CARACTERÍSTICAS NARRATIVAS

- Uso consistente de la observación minuciosa y deducción lógica en la resolución de conflictos.
- Introducción de elementos científicos y tecnológicos adecuados para jóvenes.
- Desarrollo del carácter introvertido y excéntrico de Charlesman, con momentos que muestran su corazón justo y apasionado por la verdad.
- Interacción con un círculo pequeño de personajes, algunos aliados y otros sospechosos, generando subtramas.
- Narración en tercera persona con capítulos cortos y cliffhangers para mantener la atención juvenil.

RESUMEN

"Las Aventuras de Charlesman y su perro Max" es una serie de relatos que siguen las peripecias de un joven detective llamado Charlesman y su fiel compañero canino, Max. Juntos se enfrentan a una variedad de misterios que van desde robos y espionaje hasta conspiraciones digitales y antiguas leyendas urbanas, todo ambientado en un entorno urbano y suburbano cercano a su barrio.

Cada capítulo despliega una nueva aventura en la que Charlesman aplica una combinación de lógica, observación detallada y tecnología, siempre acompañada del olfato y agudeza de Max. Las historias resaltan valores como la justicia, la valentía, la amistad y la colaboración entre humanos y animales para resolver problemas complejos.

El enfoque central está en atraer a jóvenes lectores de 9 a 18 años, quienes se encontrarán inmersos en tramas de suspenso y análisis deductivo, mientras aprenden a valorar la importancia de proteger su entorno, la identidad digital, el patrimonio cultural y la convivencia pacífica.

La narrativa fomenta el pensamiento crítico, la paciencia, la responsabilidad digital y el respeto por el conocimiento y la historia, haciendo que cada caso no solo sea emocionante, sino también educativo y estimulante para el desarrollo intelectual de los lectores.

El libro concluye dejando abiertas muchas puertas para futuras investigaciones y aventuras, invitando a los jóvenes lectores a seguir acompañando a Charlesman y Max en nuevos retos.

"Las Aventuras de Charlesman y su perro Max" es una serie de relatos que siguen las peripecias de un joven detective llamado Charlesman y su fiel compañero canino, Max. Juntos se enfrentan a una variedad de misterios que van desde robos y espionaje hasta conspiraciones digitales y antiguas leyendas urbanas, todo ambientado en un entorno urbano y suburbano cercano a su barrio.

Cada capítulo despliega una nueva aventura en la que Charlesman aplica una combinación de lógica, observación detallada y tecnología, siempre acompañada del olfato y agudeza de Max. Las historias resaltan valores como la justicia, la valentía, la amistad y la colaboración entre humanos y animales para resolver problemas complejos.

El enfoque central está en atraer a jóvenes lectores de 9 a 18 años, quienes se encontrarán inmersos en tramas de suspenso y análisis deductivo, mientras aprenden a valorar la importancia de proteger su entorno, la identidad digital, el patrimonio cultural y la convivencia pacífica.

La narrativa fomenta el pensamiento crítico, la paciencia, la responsabilidad digital y el respeto por el conocimiento y la historia, haciendo que cada caso no solo sea emocionante, sino también educativo y estimulante para el desarrollo intelectual de los lectores.

El libro concluye dejando abiertas muchas puertas para futuras investigaciones y aventuras, invitando a los jóvenes lectores a seguir acompañando a Charlesman y Max en nuevos retos.

PRÓLOGO

En cada ciudad, en cada barrio, existen secretos profundamente ocultos que nadie se atreve a revelar. Son misterios enmascarados tras muros silenciosos, rincones olvidados y espacios que, a simple vista, parecen comunes, pero que en realidad encierran historias poderosas que exigen ser descubiertas. Ese es el universo que habita Charlesman, un niño de mente inquieta, analítica y valiente, siempre acompañado por Max, su fiel perro cuyo olfato e instinto son extraordinarios y decisivos.

Desde sus primeros años, Charlesman entendió que resolver un enigma va mucho más allá de una simple mirada superficial. Se requiere una mezcla de paciencia inquebrantable, observación minuciosa, razonamiento lógico y, por encima de todo, el coraje para desafiar lo desconocido y peligroso. Max, con su lealtad incondicional y habilidades excepcionales, es el compañero ideal que convierte cada aventura en una misión casi invencible para proteger su barrio ya quienes lo habitan.

Este libro te invita a sumergirte en sus investigaciones, a descubrir cómo los detalles más pequeños pueden transformar por completo el destino de una historia y a comprender que, sin importar las circunstancias, la justicia y la verdad siempre emergen, incluso en los rincones más inesperados.

No se puede dejar de mencionar que Charlesman no está sólo en sus aventuras, siempre está al lado de su mejor amigo Max, desde muy temprana edad ha sido y será el perro engreído de nuestro personaje, que le ayudará a

encontrar las respuestas a sus investigaciones en la que se verá inmerso de forma permanente.

Prepárate para adentrarte en un mundo donde el misterio, la amistad sincera y la inteligencia estratégica se unen para vivir las aventuras más intensas y fascinantes. Charlesman y Max están listos para el desafío, ¿estás dispuesto a acompañarlos?

El lector anónimo.

CAPÍTULO I

EL PRIMER CASO: EL MISTERIO DE LA BIBLIOTECA DESAPARECIDA

En un tranquilo barrio de Lima, Charlesman, un niño de nueve años con una mente curiosa y analítica, pasaba gran parte de sus tardes acompañado de su inseparable perro Max. Max no era un perro común, tenía un agudo sentido del olfato y una inteligencia sorprendente, que lo convertían en el compañero perfecto para las investigaciones de Charlesman.

Una tarde lluviosa, mientras paseaban cerca de la biblioteca del barrio, Charlesman notó algo extraño. Los libros más recientes habían desaparecido misteriosamente. Nadie parecía saber qué había pasado, y la bibliotecaria, doña Marta, estaba preocupada. Al igual que Sherlock Holmes, Charlesman comenzó a observar con detenimiento el lugar: una ventana entreabierta, marcas de barro sobre el suelo de madera, y un pequeño rastro de hojas trituradas.

Con la ayuda de Max, siguieron las pistas que los condujeron a un callejón cercano donde encontraron un montón de libros cubiertos de polvo y algo desordenados. Charlesman dedujo que alguien había estado revisando esos libros y los había escondido allí para buscar algo específico. Analizó las tapas, los títulos y descubrió que todos trataban sobre leyendas urbanas y crímenes antiguos.

Intrigado, Charlesman decidió investigar quién podía tener interés en esos libros y por qué los había retirado. Utilizó su lógica para pensar en cada detalle:

¿Por qué seleccionar esos títulos en particular? ¿Quién dejó la ventana abierta?
¿Qué buscaba ese extraño visitante?

Mientras conversaba con los vecinos y reconocía pistas, Charlesman notó que en el parque cercano también había señales de movimiento sospechoso. Max ladró al percibir olores nuevos, y el niño comprendió que el misterio apenas comenzaba.

Con paciencia, atención y mucha observación, Charlesman formuló la hipótesis: alguien quería borrar el rastro de antiguos crímenes para que no se descubrieran secretos ocultos en las leyendas que esos libros contenían. Pero para confirmarlo, tendría que seguir buscando, y Max sería su mejor aliado.

Así, con la primera chispa de un detective en formación, Charlesman emprendió su aventura para resolver el enigma de la biblioteca desaparecida.

La lluvia había cesado, pero el aire todavía olía a humedad y tierra mojada. Charlesman, con las manos en los bolsillos de su casaca azul, repasaba en voz baja las pistas halladas.

—Ventana entreabierta, huellas de barro, hojas trituradas y libros sobre crímenes antiguos —murmuró—. Nada de esto es casualidad, Max.

El perro, moviendo las orejas, lanzó un ladrido breve, como si confirmara la teoría.

Al volver a la biblioteca, Charlesman examinó de nuevo el callejón. El montón de libros no estaba igual: alguien había regresado. Una de las tapas estaba mal colocada y, entre las páginas de un tomo grueso sobre “Crímenes de Lima en el siglo XIX”, encontró un papel doblado en cuatro.

Lo abrió con cuidado: era un mapa rudimentario del barrio, con una X marcada justo en el viejo almacén abandonado cerca del parque.

—¡Bingo! —exclamó Charlesman, aunque enseguida bajó la voz al notar que dos sombras lo observaban desde la esquina.

—¿Viste eso, Max? —susurró.

El perro gruñó suavemente y tiró de la correa, como instándolo a moverse. Sin pensarlo, Charlesman se escabulló entre los pasadizos, evitando a los desconocidos.

En la carrera, escuchó voces apagadas:

—El niño ya sabe demasiado...

—No importa, no podrá unir todas las piezas.

Charlesman se detuvo detrás de un árbol, el corazón acelerado. “Así que *alguien* no quiere que resuelva esto. Eso significa que estoy en el camino correcto”, pensó, orgulloso y asustado a la vez.

Al llegar al parque, se acercó con cautela al almacén señalado en el mapa. La puerta estaba oxidada, con candado, pero un tablón suelto en la parte trasera le permitió mirar dentro. Vio estanterías con cajas y papeles amontonados, como si fuese un archivo olvidado.

—Max, creo que los libros no eran el objetivo final... son solo la punta del iceberg.

El perro gimió bajito, atento.

Charlesman tomó nota mental de cada detalle y decidió que no debía arriesgarse a entrar sin un plan. “Mañana volveré con más luz... y con una estrategia”, se dijo, mientras ocultaba el mapa en su mochila.

De regreso a casa, pensó en doña Marta, la bibliotecaria. ¿Debía contarle lo del almacén? ¿O sería mejor guardar silencio hasta confirmar sus sospechas?

La lluvia volvió a caer suavemente, como si la ciudad misma guardara sus secretos. Charlesman acarició la cabeza de Max y concluyó:

—Este no es solo un misterio de libros perdidos... Es el inicio de algo más grande, y nosotros lo vamos a descubrir.

Max ladró fuerte, como si jurara acompañarlo hasta el final.

El misterio apenas comenzaba, y la noche de Lima guardaba más preguntas que respuestas.



CAPÍTULO II

CÓDIGO ROTO: EL ROBO INFORMÁTICO EN EL COLEGIO

La noticia corrió como pólvora aquella mañana: “*¡Se borraron todas las notas del sistema!*”. El rumor empezó en primero de secundaria, brincó hasta quinto y, en menos de media hora, todo el colegio San Martín era un hervidero de voces nerviosas.

—¡Estoy salvado! —gritó un chico, celebrando como si hubiera ganado la lotería—. ¡Mis ceros en matemáticas desaparecieron!

—¡Eso no es justo! —protestó una alumna aplicada—. ¡Estudié toda la semana para sacar veinte!

Charlesman, sentado en el pasillo con su cuaderno de investigación, no se dejó llevar por el alboroto. Sus ojos se clavaron en la puerta del laboratorio de cómputo, donde un papel improvisado decía “*NO PASAR. SISTEMA EN REVISIÓN*”.

Max, echado junto a sus pies, movía la cola con calma, aunque sus orejas se alzaban cada vez que alguien pronunciaba la palabra “*hackeo*”.

—Esto no es casualidad —dijo Charlesman en voz baja—. Un mensaje en clave en las pantallas no aparece por accidente. Aquí hay un culpable... y un plan detrás.

Dentro del laboratorio, el caos era total. La profesora de informática trataba de calmar a los alumnos curiosos, mientras el director discutía por

teléfono con tono preocupado. Charlesman se escabulló por la puerta lateral, y Max lo siguió como si supiera que la aventura estaba por empezar.

Frente a una computadora, el chico observó los monitores en negro. De pronto, apareció una línea de texto parpadeante:

“El conocimiento es poder, pero el poder mal usado puede desaparecer”.

Charlesman lo copió de inmediato en su libreta.

—Un mensaje filosófico... y en clave.

Se agachó para revisar los cables del CPU. Notó que uno de ellos tenía un polvo fino, como si hubiera sido manipulado recientemente. También encontró una huella grasienta en la mesa, quizá de alguien que había estado comiendo papas fritas mientras “trabajaba”.

Max olfateó una mochila abandonada bajo la mesa. Dentro había un cuaderno con anotaciones en símbolos raros y una secuencia de números: 245 – 118 – 90 – 360.

Charlesman frunció el ceño.

—Demasiado ordenado para ser un garabato. Parece una clave de coordenadas.

Al salir al patio, el joven detective interrogó discretamente a algunos compañeros.

—¿Viste a alguien sospechoso en el laboratorio ayer? —le preguntó a Lucía, la delegada de su salón.

—No... bueno, sí. Ricardo, el de tercero, estaba ahí hasta tarde con la excusa de imprimir una tarea. Y estaba raro, como nervioso.

Más tarde, el propio Ricardo apareció, y Charlesman decidió tantearlo.

—Oye, ¿qué estabas haciendo en el laboratorio anoche?

—¿Yo? Nada... nada importante —respondió, pero su mirada esquivó la de Charlesman.

Max ladró suavemente, como diciendo “¡Lo pescaste!”.

Charlesman, sin dejar de observar, notó que Ricardo escondía algo en el bolsillo. Con una maniobra ágil, fingió tropezar y logró ver: un USB plateado, con el mismo símbolo extraño del cuaderno encontrado.

Esa tarde, cuando las clases terminaron, Charlesman regresó sigilosamente al colegio. El sol caía y los pasillos quedaban vacíos. Con Max a su lado, encendió una de las computadoras y conectó el USB que había encontrado olvidado en la sala de profesores.

En la pantalla apareció un nuevo archivo:

“Proyecto Sombras Ocultas – Fase Escolar”.

Charlesman se quedó helado. Ese nombre no le era ajeno: era el mismo grupo secreto al que había seguido en casos anteriores, el mismo que se ocultaba en las sombras del puerto y detrás de símbolos crípticos.

—Así que también están en el colegio... —susurró.

Pero antes de abrir el archivo, las luces del laboratorio parpadearon. Alguien más había entrado. Charlesman se escondió bajo la mesa, con Max pegado a él.

Dos siluetas discutían en voz baja:

—El chico lo sospecha. Tenemos que borrar todo antes de que descubra más.

—Tranquilo, nadie va a creerle. Es solo un alumno curioso.

Charlesman apretó los puños. Sabía que estaba en peligro, pero también sabía que debía recuperar la verdad para limpiar los nombres de sus compañeros y desenmascarar al verdadero culpable.

La persecución comenzó en los pasillos oscuros del colegio. Charlesman y Max corrieron mientras las dos sombras los seguían. Se refugiaron en la biblioteca, donde Charlesman, jadeando, apuntó en su libreta las nuevas pistas: *USB, coordenadas, mensaje cifrado, Sombras Ocultas*.

Max gruñó suavemente, como si hubiera sentido que el enemigo aún rondaba cerca.

Charlesman acarició su cabeza y murmuró:

—No estamos solos en esto, amigo. Pero mientras haya un código por descifrar... no nos rendiremos.

El archivo aún no había sido abierto. Y ese secreto podía cambiarlo todo.

El silencio de la biblioteca era engañoso. Afuera, el eco de pasos aún resonaba en los pasillos oscuros, pero Charlesman sabía que las dos sombras habían salido por otra puerta. Al menos por ahora.

—Bien, Max —susurró mientras acariciaba al perro—. Es hora de ver qué guarda este USB.

Encendió una vieja computadora de la biblioteca, esas que usaban para hacer tareas sencillas, y conectó el dispositivo. La pantalla parpadeó, mostrando solo una carpeta con un candado digital. Charlesman frunció el ceño.

—Protección con contraseña... nada que un buen libro de criptografía y un poco de ingenio no puedan resolver.

Max lo miró, ladeando la cabeza.

—Sí, lo sé, amigo. No es el momento de presumir —rio Charlesman, bajando la voz al instante—. Pero, si tienen algo que ocultar, entonces merece ser descubierto.

Comenzó a escribir combinaciones. El candado digital se resistía, pero Charlesman había visto símbolos similares en el cuaderno encontrado en el laboratorio: aquellos números que parecían coordenadas.

—Veamos... 245 – 118 – 90 – 360...

Escribió la secuencia y, de repente, la carpeta se abrió. Max ladró una sola vez, como celebrando la victoria.

En la pantalla apareció un documento titulado:

“Fase Escolar – Objetivo: Control de información y manipulación de registros”.

Charlesman tragó saliva mientras leía las primeras líneas:

"La institución es el campo de prueba. Primero, alterar calificaciones. Luego, manipular registros de asistencia, permisos y datos de los alumnos. El objetivo es entrenar jóvenes reclutas para el proyecto mayor. El éxito de esta fase determinará la expansión al resto de la ciudad."

—¿Reclutas? —murmuró Charlesman—. No solo querían borrar notas, querían crear un sistema para controlar todo el colegio... y más allá.

Siguió leyendo y encontró una lista con iniciales y apodos: “Zorro”, “Lince”, “Águila”, “Sombras”. Entre ellos, un nombre lo hizo congelarse: “R.C.”.

—¡Ricardo! —susurró, recordando al chico nervioso con el USB plateado—. Él no actúa solo... es parte de algo más grande.

En ese momento, Max comenzó a gruñir. Charlesman giró rápido: una figura estaba en la puerta de la biblioteca.

Era Ricardo, con el rostro pálido y los ojos entre culpables y temerosos.

—Tú... —dijo Charlesman, levantándose—. ¿Qué significa todo esto?

Ricardo no respondió de inmediato. Miró a Max, luego al monitor encendido, y tragó saliva.

—No entiendes, Charlesman. Si supieras lo que pasa realmente... —titubeó—. Ellos no me dan opción.

—¿Ellos? —Charlesman dio un paso al frente—. ¿Las Sombras Ocultas?

Ricardo apretó los labios y guardó silencio. Luego, como si un impulso lo venciera, corrió hacia la puerta.

—¡Max, vamos!

El perro salió disparado detrás de él, y Charlesman corrió tras ambos. El eco de la persecución llenó los pasillos desiertos del colegio.

Ricardo se escondió en el patio trasero, jadeando, mientras Charlesman lo acorralaba con ayuda de Max.

—Ricardo, escucha. Si sigues ayudándolos, no solo vas a destruir la vida de todos aquí... también la tuya.

El chico temblaba. Sacó de su mochila un segundo USB, idéntico al primero.

—Este... este tiene los verdaderos planes. Pero si lo entrego, me van a encontrar. Ellos siempre encuentran a los que traicionan.

Antes de que pudiera decir más, un ruido metálico resonó cerca: alguien había saltado la reja del colegio. Dos sombras encapuchadas avanzaban hacia ellos.

—¡Nos descubrieron! —gritó Ricardo.

Charlesman se giró, la adrenalina disparada. El juego había cambiado: ya no eran simples pistas, ahora estaban frente a los mismos miembros de *Sombras Ocultas*.

Y mientras Max se adelantaba, gruñendo con fuerza, Charlesman supo que lo que descubrieran esa noche no solo decidiría el destino del colegio, sino

que los pondría frente a una red mucho más peligrosa de lo que jamás habían imaginado.



CAPÍTULO III

SOMBRAS EN EL PARQUE: UN ASESINATO EN LA CIUDAD

La bruma limeña se mezclaba con el murmullo de los curiosos. El parque, que usualmente rebosaba de risas y juegos, estaba rodeado de cintas amarillas y rostros preocupados. Max, con las orejas erguidas, caminaba junto a Charlesman, como si también comprendiera la gravedad de la situación.

—Niño, mejor no te acerques —le advirtió un policía con gesto severo, levantando la mano.

Charlesman inclinó ligeramente la cabeza y, con calma, respondió:

—Solo quiero mirar de lejos, señor. Prometo no cruzar la cinta.

El agente dudó un momento, pero al ver la mirada concentrada del joven y la serenidad con la que acariciaba a Max, bajó la mano y permitió que observara.

Charlesman se agachó, afinando la vista. Había marcas de zapatos que no correspondían ni al fallecido ni a los transeúntes: un patrón extraño, con suelas desgastadas en zigzag.

—Max, ¿qué opinas? —preguntó en voz baja.

El perro olfateó con energía y de pronto se dirigió al arbusto. Allí estaba el llavero con un símbolo extraño: un triángulo entrelazado con una serpiente.

—Esto no es un simple objeto perdido... —murmuró Charlesman, guardándolo en un pañuelo—. Es una firma.

En ese momento se acercó el anciano del bastón, que temblaba más por la tensión que por la edad.

—Muchacho... —dijo con voz ronca—, esa misma persona con botas raras la vi rondando hace tres noches. Siempre miraba hacia los bancos del parque, como esperando a alguien.

—¿Podría describirlo? —preguntó Charlesman, sacando su libreta con rapidez.

—Alto, llevaba un abrigo largo y una gorra que le tapaba la cara. Pero... —el anciano bajó la voz— había algo en sus ojos. Brillaban como si no tuviera miedo.

Charlesman anotó cada palabra.

Más tarde, un vendedor de caramelos, con las manos manchadas de azúcar, se acercó nervioso.

—Yo escuché un grito... como de alguien sorprendido, no de dolor. Y después... pasos corriendo. Muchos pasos.

Charlesman volvió a mirar el cuerpo. No había señales de robo. No faltaban pertenencias. El móvil no era el dinero.

—Entonces... —susurró, acariciando a Max—, la víctima sabía algo que no debía.

Max gruñó suavemente, mirando hacia un rincón del parque donde la luz de los faroles no llegaba del todo. Charlesman siguió su mirada y alcanzó a ver una sombra que se deslizaba entre los árboles.

—¡Espera! —gritó Charlesman corriendo, mientras Max ladraba con fuerza.

Persiguió la figura por senderos húmedos, esquivando charcos y ramas. El corazón le latía con fuerza. La silueta se escabulló, dejando apenas un eco de pasos en el pavimento mojado.

Al llegar al borde del parque, Charlesman se detuvo, jadeando. En el suelo, una tarjeta empapada con las mismas iniciales del símbolo del llavero: S.O.

La recogió, mientras Max se acercaba olfateando con furia.

—“Sombras Ocultas” ... —murmuró Charlesman, reconociendo el nombre de un grupo secreto mencionado en recortes viejos que había investigado meses atrás.

De regreso a casa, con el llavero y la tarjeta en el bolsillo, supo que estaba en el umbral de algo más grande. El asesinato del parque no era un caso aislado: era una advertencia.

Charlesman miró a Max, que aún mantenía la mirada fija hacia la oscuridad del parque.

—Amigo, creo que hemos destapado un nido de serpientes... y todavía no sabemos cuántas hay.

Y con esa certeza inquietante, el caso quedó abierto, como las sombras que seguían acechando entre los árboles.

La noche después del hallazgo en el parque, Charlesman no pudo dormir. En su escritorio, con Max echado bajo la lámpara, desplegó todos sus apuntes:

recortes de periódicos amarillentos, notas de casos anteriores y los objetos recogidos en el parque: el llavero con el símbolo y la tarjeta empapada con las iniciales S.O.

—Max, esto no es casualidad —murmuró, mientras trazaba líneas en su cuaderno uniendo casos—. El cuento robado... el banco cerrado... y ahora este asesinato. Todos llevan la misma marca.

Max levantó las orejas como si confirmara la sospecha.

De pronto, un golpe suave en la ventana lo sobresaltó. Charlesman se levantó y abrió con cautela. Era Martín, un chico de su escuela que había oído rumores.

—Charlie, tienes que escucharme —dijo nervioso, mirando alrededor como si alguien lo siguiera—. Esos del símbolo... yo he visto ese triángulo con la serpiente pintado en un viejo almacén del puerto.

Charlesman lo miró fijamente.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que me tiemblan las piernas —contestó Martín—. Juraría que por las noches entran y salen hombres con sacos. Nadie los conoce en el barrio.

Charlesman cerró la libreta y sonrió con ironía.

—Parece que las Sombras no se esconden tan bien como creen.

La siguiente tarde, Charlesman y Max se acercaron al puerto. El aire olía a sal y a pescado fresco, pero también a secretos mal guardados. Entre los contenedores oxidados encontraron la pared marcada con el símbolo.

—Ahí está, Max. Justo como dijo Martín.

Max gruñó bajito, y Charlesman comprendió que no estaban solos. Escuchó voces masculinas y pasos pesados dentro del almacén. Con cuidado, se acercó a una rendija rota y espió.

Dentro, cuatro hombres discutían alrededor de una mesa. Sobre ella había documentos y mapas antiguos, los mismos que mencionaban en el caso del cuento robado.

—El próximo movimiento será decisivo —dijo uno con voz grave—. Nadie debe sospechar de Sombras Ocultas.

Charlesman apretó los puños, emocionado y asustado a la vez. Iba a tomar nota, pero un ruido seco lo delató: Max había movido sin querer una lata oxidada.

—¿Quién anda ahí?! —gritó uno de los hombres, levantándose de golpe.

Charlesman y Max corrieron entre contenedores, esquivando cajas y saltando charcos. Los hombres salieron tras ellos, la persecución resonaba en el puerto vacío.

Al doblar una esquina, Charlesman tropezó con un cable suelto, pero Max tiró de él justo a tiempo para evitar la caída. Se escondieron detrás de un contenedor azul mientras los pasos pasaban de largo.

Charlesman respiró agitado y, sacando el llavero con el símbolo, lo apretó en su mano.

—Ahora lo sé, Max. No son simples rumores. Son una organización real... y peligrosa.

Max lo miró fijamente, con los ojos brillando en la penumbra.

Charlesman supo entonces que su investigación apenas comenzaba. Si Sombras Ocultas estaba detrás de asesinatos, robos y secretos antiguos... alguien tenía que detenerlos. Y él y Max estaban ya demasiado metidos para retroceder.

Esa noche, mientras escribía en su libreta, pensó en voz baja:

—La justicia no tiene edad... pero esta vez, quizá nos hemos metido en la boca del lobo.

Y dejó el lápiz sobre la mesa, sabiendo que las Sombras ya lo habían notado a él también.



CAPÍTULO IV

EL SECRETO DEL BANCO CERRADO

El sol de la tarde iluminaba las fachadas coloniales del centro de Lima cuando Charlesman y Max, su inseparable compañero de cuatro patas, caminaban entre los balcones antiguos de madera y el bullicio de la Plaza Mayor. Todo parecía normal: turistas tomando fotos, vendedores ambulantes ofreciendo helados y canchita, los policías de tránsito tratando de controlar el caos de los taxis. Pero algo no encajaba.

El Banco de la Plaza Mayor, un edificio imponente de muros altos y ventanales con rejas de hierro, permanecía cerrado. No era feriado, ni domingo, ni huelga. Lo que más llamaba la atención era la presencia de dos guardias privados que vigilaban la puerta principal con una rigidez exagerada, como si esperaran un ataque en cualquier momento.

—Max, ¿notas eso? —susurró Charlesman, mientras acariciaba el lomo de su perro.

Max gruñó levemente, como si confirmara sus sospechas.

Un rumor corría de boca en boca: “Dicen que hubo un robo en el banco”. Pero si era cierto, ¿por qué los noticieros no decían nada? ¿Y por qué los guardias parecían más preocupados de que alguien entrara que de que alguien se hubiera llevado dinero?

Charlesman entrecerró los ojos. Ese tipo de misterios eran como caramelos para su mente curiosa.

—Hora de investigar, socio.

Dando vueltas discretamente al edificio, encontró una puerta lateral que parecía mal cerrada. La cerradura mostraba marcas recientes, como si alguien la hubiera forzado con prisa. Charlesman empujó con suavidad y la puerta se abrió apenas, dejando escapar un olor a polvo y humedad.

Max adelantó el hocico, olfateando con entusiasmo.

—Si tú dices que hay algo aquí, te creo —dijo Charlesman, entrando con cautela.

Dentro, el ambiente era sombrío y frío. El eco de sus pasos resonaba demasiado fuerte. Bajaron unas escaleras de servicio que conducían a un sótano. Allí, escondida tras unas estanterías oxidadas, encontraron una compuerta.

Max ladró suavemente, arañando la madera.

—Buen hallazgo, colega —dijo Charlesman, empujando la compuerta con esfuerzo.

Al abrirla, reveló una pequeña sala secreta. No había dinero ni joyas, sino papeles, carpetas y archivos amontonados. Charlesman tomó uno de los documentos y leyó en voz baja:

“Operación Condor Andino. Transferencias no registradas. Contactos: altos niveles.”

Frunció el ceño.

—Entonces el supuesto robo era solo una distracción... Lo que en verdad quieren es desaparecer estos archivos.

Max gimió, como compartiendo la preocupación de su joven amo.

De repente, un ruido de pasos pesados se escuchó en el pasillo superior. Alguien había entrado.

Charlesman guardó apresuradamente algunos papeles en su mochila y apagó la linterna. Se escondió detrás de unas cajas, conteniendo la respiración.

Dos hombres bajaron las escaleras. Vestían trajes oscuros y hablaban en voz baja.

—¿Estás seguro de que nadie más sabe de esta entrada? —preguntó uno.

—Cien por ciento. El chico de seguridad recibió su parte. Nadie se atreverá a hablar.

Charlesman apretó los dientes. Su instinto detectivesco hervía de indignación: estaban encubriendo algo muy grande.

Max, disciplinado, se quedó en silencio, aunque sus orejas estaban erguidas y su mirada clavada en los intrusos.

Los hombres revisaron algunos papeles, maldijeron porque faltaban carpetas y salieron de prisa.

Charlesman esperó unos segundos y luego soltó un suspiro de alivio.

—Eso estuvo demasiado cerca, Max. Pero creo que tenemos justo lo que buscábamos.

Al salir del banco por la misma puerta lateral, Charlesman se dirigió directamente a la comisaría del barrio. Pero no podía confiar en cualquiera. Recordó a un viejo amigo de su padre: el inspector Gutiérrez, un policía veterano con fama de honesto y con un bigote tan frondoso que parecía ocultar media personalidad.

Lo encontró en su oficina, revisando papeles.

—¿Charlesman? —dijo Gutiérrez, sorprendido—. ¿Otra vez tú? ¿Qué travesura cometiste ahora?

—Ninguna, inspector. Esta vez se trata de algo serio. Muy serio.

Colocó los documentos sobre el escritorio. El policía los tomó, leyó algunos párrafos y su rostro se tensó.

—¿Dónde conseguiste esto? —preguntó en un tono que mezclaba admiración y preocupación.

—Digamos que un perro muy astuto me guio hasta la verdad —contestó Charlesman con una sonrisa ladeada.

Gutiérrez suspiró.

—No sé cómo siempre terminas metido en problemas, muchacho. Esto es peligroso. Pero haré lo posible por protegerte.

—No necesito protección, inspector. Solo necesito justicia —respondió Charlesman con firmeza.

El policía lo miró fijamente, y en su mirada había un respeto silencioso.

De vuelta en casa, Charlesman colocó los documentos restantes en una caja metálica bajo su cama. Max se acostó frente a la puerta, como guardián incansable.

—Ahora sabemos que el banco cerrado no era por un robo, sino por algo mucho peor: ocultar corrupción y espionaje —reflexionó Charlesman—. Pero estoy seguro de que no se quedarán tranquilos hasta recuperar lo que tengo.

Max ladró suavemente, como si confirmara que estaban listos para la próxima batalla.

Dos noches después, la sospecha se volvió realidad. Charlesman regresaba de la bodega con una bolsa de panes cuando notó un automóvil negro estacionado frente a su casa. Dentro, dos hombres lo observaban con disimulo.

—Lo sabía... —murmuró.

Entró con rapidez, cerró la puerta y revisó las ventanas. Los hombres no se movieron, solo esperaban.

—Quieren presionarnos, Max. Pero no lo lograrán.

Decidió actuar primero. A la madrugada, disfrazado con una gorra y un abrigo grande, salió por la ventana trasera. Max lo siguió sigilosamente.

Juntos siguieron el automóvil a distancia, hasta que los hombres se detuvieron en un viejo almacén en las afueras.

Charlesman tomó nota mental de todo: dirección, placas, movimientos.

—Este es su escondite. Ahora sabemos dónde encontrarlos.

Al día siguiente, llevó la información al inspector Gutiérrez. El policía prometió investigar, pero advirtió:

—Ten cuidado, chico. Esta gente juega sucio.

Charlesman asintió. No era la primera vez que enfrentaba peligros, pero esta vez la magnitud del caso lo hacía sentir un escalofrío.

La tensión aumentó esa misma tarde. Cuando Charlesman regresaba de la escuela, alguien había pintado en su cuaderno un mensaje extraño, escrito con la misma simbología del grafiti que había visto semanas antes en otro caso:

“No te metas donde no te llaman. Última advertencia.”

El muchacho cerró el cuaderno, respiró hondo y sonrió con valentía.

—Ya es tarde para echarme atrás.

Max ladró fuerte, como una declaración de guerra.

Y así, con el banco aún cerrado, los criminales al acecho y la policía sin pruebas suficientes para detenerlos, Charlesman entendió que la aventura apenas comenzaba. Tenía en sus manos un secreto capaz de sacudir a la ciudad entera, y estaba dispuesto a descubrir la verdad, cueste lo que cueste.

La noche se cernía sobre Lima, y las luces de la Plaza Mayor brillaban como cómplices silenciosos de la intriga.

—Prepárate, Max —dijo Charlesman, acariciando a su fiel amigo—. Lo que viene será más grande que todo lo que hemos vivido.

El perro ladró al cielo nocturno, como si jurara lealtad eterna a la causa de su joven detective.

El misterio del banco cerrado no había terminado. Apenas se había abierto la primera compuerta hacia un mundo de secretos, persecuciones y traiciones que todavía estaban por revelarse.



CAPÍTULO V

EL MISTERIOSO MENSAJE EN LA PARED

Una tarde soleada, mientras Charlesman y Max caminaban por las calles antiguas del barrio, un grafiti muy peculiar llamó la atención del joven detective. Sobre una pared blanca, había un mensaje escrito en símbolos extraños, que parecía no tener sentido para cualquiera que no conociera el código.

Charlesman se detuvo en seco, con los ojos brillando de emoción.

—Max... —dijo en voz baja, casi en un susurro—, esto no es un grafiti común.

El perro lo miró con cara de “otra vez metiéndonos en problemas”.

Charlesman sonrió.

—No me pongas esa cara, compañero. Tú sabes que las paredes hablan... solo que no todos saben escucharlas.

Se agachó, sacó su libreta y comenzó a copiar los símbolos. Había figuras geométricas, flechas, signos que parecían letras al revés. A cualquiera le parecería un simple garabato, pero Charlesman recordó los libros antiguos de criptografía que su abuelo, un viejo maestro de escuela, le había dejado.

—Este patrón... lo vi en el capítulo sobre sustitución poli alfabética. Si mis cálculos son correctos... —murmuraba, mientras su lápiz trazaba combinaciones.

Max bostezó y se echó al lado, como diciendo: “yo vigilo mientras tú juegas al genio”.

Tras varios minutos de cálculos, Charlesman descifró las primeras palabras:

“No abras los documentos. Te observan.”

Frunció el ceño.

—¿Documentos? ¿Qué documentos? —repitió, como si Max pudiera contestarle.

El perro inclinó la cabeza y gruñó levemente, como percibiendo un peligro inminente.

—Exacto, socio. Aquí huele raro.

La investigación lo llevó primero a la biblioteca del barrio, un edificio antiguo con estanterías de madera que crujían al menor movimiento. La bibliotecaria, doña Hortensia, lo miró con ojos desconfiados.

—Charlesman, ya te he dicho que no puedes andar revisando los archivos viejos como si esto fuera tu oficina —le advirtió, mientras se acomodaba los lentes.

—Pero, doña Hortensia, le juro que aquí hay algo más que polvo y libros olvidados. Un mensaje cifrado en la pared lo confirma.

La mujer resopló.

—Siempre con tus historias. ¿Qué será lo próximo? ¿Que los libros hablan?

Charlesman sonrió.

—Algunos sí, créame.

Se dirigió al archivo cerrado, una sala con candado que guardaba colecciones antiguas. Con un clip y mucha maña, logró abrirlo. Max lo acompañaba, husmeando entre las cajas.

Allí, en el estante más alto, encontró una carpeta gruesa con la etiqueta “Correspondencia Municipal, 1954”. El polvo lo cubría todo, pero al abrirla descubrió algo inesperado: páginas escritas con tinta azul, selladas con firmas misteriosas y notas al margen que hablaban de “entregas”, “códigos” y “contactos invisibles”.

De pronto, escuchó pasos acercándose. Cerró la carpeta, la guardó bajo el brazo y fingió leer un diccionario cuando la bibliotecaria entró.

—¿Qué haces aquí todavía? —preguntó, arqueando la ceja.

—Estudiando sinónimos, doña Hortensia. Uno nunca sabe cuándo va a necesitar una palabra elegante.

Ella lo miró con sospecha, pero no insistió.

Cuando salió, Max lo esperaba en la puerta, moviendo la cola.

—Lo sé, compañero. Acabamos de pisar un hormiguero de proporciones históricas.

La pista lo llevó a una vieja casa abandonada a dos cuadras de la plaza. El lugar tenía las ventanas tapiadas y un aire de misterio que parecía gritar “entra si te atreves”.

Charlesman empujó la puerta, que chirrió como en una película de terror. Dentro, las paredes estaban cubiertas de moho y polvo. En una esquina encontró un baúl oxidado. Con esfuerzo lo abrió y halló más documentos, mapas de la ciudad con marcas en rojo, y una lista de nombres.

—Esto no es un simple archivo —dijo, mientras Max olfateaba con insistencia—. Es un registro de una red... de espionaje.

De pronto, un ruido de pasos los alertó. Alguien estaba entrando. Charlesman apagó la linterna y se escondió detrás de una columna derruida. Max, en silencio absoluto, permanecía agazapado.

Una silueta encapuchada avanzó hasta el baúl, revisó los papeles y murmuró:

—Ya no están aquí... ese mocoso debe haberlos tomado.

Charlesman contuvo la respiración. La silueta sacó un teléfono, habló en clave y salió apresuradamente.

—Nos descubrieron, Max. Ahora somos parte de un juego mucho más grande.

La persecución comenzó esa misma noche. Al salir de la casa, Charlesman divisó al encapuchado corriendo hacia la avenida.

—¡Vamos, Max!

El perro salió disparado, y Charlesman detrás, zigzagueando entre puestos de anticuchos y triciclos de emoliente. La gente gritaba y se apartaba al ver la persecución.

—¡Eh, niño! ¿Otra vez corriendo detrás de los choros? —gritó don Tadeo, el lustrabotas, con una carcajada.

—¡No es choro, es espía! —replicó Charlesman, sin detenerse.

El encapuchado dobló por un callejón estrecho. Charlesman lo siguió, pero cuando giró la esquina... ya no estaba. Solo quedaba una tapa de alcantarilla abierta.

—Se metió al subsuelo —dedujo.

Max ladraba, señalando hacia la abertura.

—No, compañero. Es demasiado arriesgado entrar sin preparación.

Esa noche, en su cuarto, Charlesman extendió todos los documentos sobre la mesa. Mapas, cartas, anotaciones. Descubrió un patrón: las marcas en rojo coincidían con edificios estratégicos del barrio: la biblioteca, el mercado central, la estación de tren.

—Una red de espionaje en pleno corazón de la ciudad... y nadie se dio cuenta.

Pero había algo más. Una hoja contenía un símbolo idéntico al grafiti de la pared. Debajo, una frase: *“La verdad se esconde bajo los cimientos”*.

Charlesman se quedó pensativo.

—Los túneles... por eso entró a las alcantarillas.

Max lo miró con ojos brillantes, como diciendo: “ya sabes a dónde tenemos que ir”.

Al día siguiente, equipados con linternas y cuerdas, Charlesman y Max bajaron por una entrada olvidada a las antiguas galerías subterráneas de la ciudad.

El aire era húmedo, y las paredes estaban cubiertas de musgo. Avanzaban despacio, atentos a cualquier sonido.

De pronto, escucharon voces adelante. Espiaron tras una columna: varios hombres discutían, rodeados de cajas con documentos.

—El mensaje en la pared fue un error —decía uno.

—Ese chico ya está metido en todo. Debemos encontrarlo antes de que descubra más.

Charlesman contuvo la respiración. Max gruñó muy bajito.

Un ruido de piedras sueltas los delató. Los hombres voltearon de golpe.

—¡Allí! ¡El muchacho!

Comenzó la persecución subterránea. Charlesman corrió por los túneles oscuros, esquivando charcos y ratas que se cruzaban en su camino. Max iba delante, guiándolo como un rayo de cuatro patas.

Tras varios giros, lograron perderlos, pero ahora estaban en un pasadizo sin salida.

—Genial, Charlesman —se dijo a sí mismo, jadeando—. Sabías que esto iba a pasar tarde o temprano.

Los pasos se acercaban. El eco retumbaba en las paredes.

De pronto, Max comenzó a escarbar en el suelo. Había una tapa metálica oculta bajo tierra. Entre los dos la levantaron y se deslizaron por un túnel aún más estrecho.

Emergieron en un sótano polvoriento... que resultó ser la parte trasera de la iglesia del barrio.

Charlesman rió nerviosamente.

—De todas las salidas posibles, tenías que elegir la más santa, Max.

Pero la aventura no había terminado. Esa noche, al regresar a casa, Charlesman encontró un sobre debajo de la puerta. Lo abrió y leyó una nota breve:

“Deja los documentos donde los encontraste. Última advertencia.”

La caligrafía era firme, y en la esquina había un símbolo: el mismo grafiti de la pared.

Charlesman apretó el papel con fuerza.

—Esto apenas comienza.

Max ladró fuerte, como un eco de promesa y desafío.

El misterio de la red de espionaje seguía abierto, y el joven detective estaba dispuesto a llegar hasta el final.



CAPÍTULO VI

RASTROS EN LA NIEVE: UN SECUESTRO EN LAS ALTURAS

El invierno había llegado a la sierra peruana, y Charlesman recibió una llamada urgente desde un pequeño pueblo andino. Una niña había desaparecido misteriosamente en medio de una nevada intensa, y su familia acudía a él en busca de ayuda.

Aunque nunca había estado en la sierra, Charlesman no dudó en aceptar el reto. Junto con Max, emprendió el viaje hacia las alturas, donde el frío y el terreno dificultaban la búsqueda.

El bus avanzaba por una carretera angosta, zigzagueante, bordeando precipicios que parecían tragarse el horizonte. Charlesman miraba por la ventana con una mezcla de nerviosismo y curiosidad.

—Max, ¿sabías que aquí a más de tres mil metros la gente mastica hojas de coca para no marearse? —comentó, sacando un paquete que le había dado una señora en la terminal.

El perro lo miró con expresión seria, casi como si desaprobara la idea.

—Tranquilo, no voy a hacerlo. Tú me conoces, mi vicio son las galletas de chocolate.

El bus llegó a la plaza del pueblo de San Jacinto de los Nevados. Allí, entre techos rojos cubiertos de escarcha, la gente se reunía ansiosa. Una mujer de pollera azul y chalina de lana corrió hacia él.

—¿Usted es Charlesman? ¡Gracias por venir! Mi hija Milagros desapareció ayer en la tarde. Jugaba cerca del río cuando comenzó la nevada. Pensamos que se había refugiado en casa de una vecina, pero nadie la ha visto. Solo encontramos sus guantes tirados en la nieve.

El detective asintió con gravedad. Max se adelantó, olfateando el aire helado.

—Tranquila, señora —respondió Charlesman con voz firme—. Haremos todo lo posible para encontrarla.

El primer paso fue visitar el lugar donde la niña había sido vista por última vez. La nevada había cubierto casi todo, pero Charlesman observó con atención.

—Miren —señaló con el dedo—, aquí hay huellas que no son de Milagros. Son demasiado grandes. Y miren cómo se hunden: el peso es mayor. Alguien se la llevó cargándola.

Max ladró, como confirmando la teoría. El perro corrió hacia un arbusto cercano y encontró un retazo de tela roja enganchado en las ramas. Charlesman lo examinó con cuidado.

—Esto no es de la niña. Parece de un abrigo de adulto. El secuestrador cometió su primer error.

La pista los llevó hacia un bosque de queñuales, árboles torcidos y retorcidos que parecían vigilar la montaña. El frío era tan intenso que cada respiración se convertía en humo blanco.

De pronto, Max se detuvo y gruñó. Entre la nieve, Charlesman encontró una lata vacía de conserva.

—¿Ven esto? —preguntó al pequeño grupo de pobladores que lo acompañaba—. No pertenece a esta zona. Alguien estuvo aquí recientemente, acampando.

Un anciano se adelantó.

—En estas tierras hay un hombre que vive solo, lo llaman "El Zurdo". Nunca habla con nadie. Dicen que no es de aquí. Quizá...

Charlesman anotó mentalmente ese nombre.

Continuaron avanzando hasta que la noche cayó. La nevada se volvió más intensa, obligándolos a regresar al pueblo. Charlesman se instaló en la escuela local, convertida en improvisado cuartel de operaciones.

Esa noche, mientras tomaba mate caliente, repasó los hechos en voz alta.

—El secuestrador conocía el terreno. Llevó a la niña hacia el bosque y dejó pistas falsas para confundirnos. Pero Max descubrió lo contrario: huellas, tela, una lata. Este hombre no es tan cuidadoso como cree.

El perro bostezó y se echó sobre la frazada. Charlesman lo miró con una sonrisa.

—Sí, compañero, mañana será un día largo.

A la mañana siguiente, el sol apareció tímidamente entre nubes grises. Charlesman reunió al comité comunal en la plaza.

—Necesito que me cuenten todo lo que sepan del Zurdo —pidió.

Una mujer levantó la mano.

—Lo vimos varias veces en la feria, comprando herramientas. Siempre paga con billetes arrugados, como si vinieran de lejos. Vive en una choza cerca de la quebrada.

Charlesman decidió comprobarlo. Junto con Max y dos comuneros, caminó varias horas hasta llegar a la quebrada. Allí encontraron una pequeña cabaña hecha de piedras y madera. El humo salía por una chimenea improvisada.

Max olfateó con insistencia y empezó a ladrar. Charlesman levantó la mano, indicando silencio. Se acercó despacio y empujó la puerta.

Adentro no había nadie, pero el lugar revelaba mucho: una frazada sucia, restos de comida, un cuaderno con dibujos infantiles. En una esquina, una muñeca de trapo con una cinta azul idéntica a la que llevaba Milagros en la foto que su madre les había mostrado.

El corazón de Charlesman latió con fuerza.

—Aquí estuvo la niña... pero ya no está.

Un papel arrugado llamó su atención. Lo abrió y leyó una frase escrita con torpeza: *“El viento me guía, el río me esconde”*.

—Una pista o una burla —murmuró.

De pronto, escucharon un silbido agudo en el exterior. Una piedra cayó contra la ventana, rompiéndola. Max salió corriendo, persiguiendo una sombra que se alejaba entre los árboles.

—¡Vamos! —gritó Charlesman.

La persecución fue frenética. Resbalaban en la nieve, los árboles se cerraban como un laberinto. Max corría adelante, ladrando con furia.

De pronto, la sombra se detuvo en un claro. Charlesman alcanzó a ver un rostro cubierto con un pasamontaña. El hombre levantó una honda y lanzó otra piedra que pasó rozando la cabeza del detective.

Max saltó contra él, pero el sujeto lo esquivó y desapareció entre las rocas. Cuando llegaron al borde del despeñadero, ya no estaba.

—Demonios... se nos escapó —resopló Charlesman.

Pero en el suelo quedó algo revelador: un guante diminuto, mojado por la nieve.

Charlesman lo levantó con cuidado.

—Es de Milagros. Vamos por buen camino.

Los días siguientes fueron de tensión. La comunidad entera se unió a la búsqueda. Charlesman analizaba cada rastro con paciencia, pero el secuestrador parecía siempre un paso adelante, como si disfrutara del juego.

Una noche, mientras revisaba las notas en su cuaderno, escuchó un murmullo en la ventana. Se levantó y abrió: no había nadie. Pero en el alféizar encontró una hoja doblada.

La desplegó y leyó: *“Si quieres verla con vida, ven solo al puente viejo mañana al amanecer. No traigas a nadie. El viento soplará nuestra verdad”*.

Charlesman apretó los dientes.

—Es una trampa. Pero no tengo opción.

Al amanecer, caminó hacia el puente viejo. El lugar era desolado: una estructura de madera carcomida que crujía sobre el río congelado.

De pronto, escuchó una risa detrás. El Zurdo apareció, encapuchado.

—Llegaste, detective. Muy valiente... o muy tonto.

Charlesman lo enfrentó con calma.

—¿Dónde está la niña?

El hombre no respondió. Se limitó a señalar hacia el río. Charlesman miró y distinguió algo flotando bajo el hielo: un zapato infantil.

El corazón se le detuvo un instante.

—¡No! —gritó, corriendo hacia la orilla.

Pero en ese momento, una ráfaga de viento levantó la nieve y el Zurdo desapareció como un fantasma.

Charlesman cayó de rodillas, respirando agitado. Max se acercó, olfateando el aire. Ladró con fuerza, como si tratara de decir que aquello no era el final, que aún había esperanza.

El detective cerró los ojos, concentrándose. El zapato podía ser otra pista falsa, un engaño más.

Se levantó, con la determinación brillando en su mirada.

—Esto no termina aquí.

La historia quedaba abierta, como un misterio suspendido entre la nieve, el viento y las montañas. El secuestrador jugaba con ellos, pero Charlesman sabía que cada movimiento lo acercaba más a la verdad.

Porque en la sierra, donde el frío parecía implacable, la justicia aún tenía
fuego suficiente para resistir.

Y la búsqueda de Milagros recién empezaba.



CAPÍTULO VII

EL ENIGMA DEL CUENTO ROBADO

El sol de la mañana bañaba las calles de la ciudad con un resplandor engañosamente tranquilo. Charlesman caminaba con Max rumbo a la bodega de la señora Valdivia cuando vio un titular que lo hizo detenerse en seco. En el periódico mural del barrio se leía con letras grandes:

“Roban manuscrito antiguo de la Casa de Antigüedades Ramírez. Vecinos aseguran que la reliquia contenía secretos de la ciudad.”

Charlesman sintió un cosquilleo de emoción. No era cualquier robo; se trataba de un manuscrito que, según los rumores, contenía un cuento antiguo y misterioso, cargado de pistas sobre un tesoro oculto bajo las calles mismas que pisaban cada día.

—¿Escuchaste eso, Max? —dijo agachándose para rascarle la cabeza—. ¡Un tesoro oculto! Si esto fuera una película, aquí es donde sonaría la música de misterio.

Max ladró, como si aprobara la idea de ser protagonista de esa película.

Sin perder tiempo, ambos se dirigieron a la casa de antigüedades. El lugar estaba custodiado por dos policías somnolientos que parecían más interesados en sus cafés que en atrapar al culpable. Charlesman, con la naturalidad de quien está acostumbrado a colarse en escenas de crimen, saludó con una sonrisa y entró.

El dueño, don Ramírez, un anciano de bigote fino y voz temblorosa, caminaba nervioso de un lado a otro.

—¡Mi manuscrito! —exclamó en cuanto vio a Charlesman—. Ese cuento era único, hijo. Decían que lo escribió un cronista olvidado, que hablaba de túneles, de mapas y de un tesoro escondido en las raíces de esta ciudad. Y ahora... ¡ahora alguien lo ha robado!

Charlesman observó con detalle. La ventana lateral tenía marcas de arañazos profundos, como si hubieran forzado la cerradura con alguna herramienta rudimentaria. En el suelo, se distinguía un polvo extraño, grisáceo, que no correspondía al mármol limpio de la tienda. Y lo más curioso: en la cerradura había quedado atrapado un mechón de cabello castaño, fino, casi imperceptible.

—Interesante... muy interesante —murmuró, anotando todo en su libreta.

Max, mientras tanto, olfateaba con intensidad. Se detuvo frente a un estante y rascó la madera con la pata. Charlesman se inclinó y descubrió una diminuta huella de barro, apenas marcada.

—Buen ojo... digo, buen olfato, socio —sonrió.

Cuando salió a la calle, Charlesman comenzó a preguntar a los vecinos. Una señora que vendía flores aseguró haber visto a un hombre encapuchado merodeando la tienda la noche anterior. Otro vecino, un joven con chaqueta de cuero, dijo que escuchó pasos apresurados y un portazo cerca de la medianoche.

De regreso junto a don Ramírez, Charlesman buscó más información.

—Dígame, ¿ese manuscrito tenía algo especial además de la antigüedad?

El anciano bajó la voz, como si temiera que las paredes escucharan.

—Se decía que contenía un mapa cifrado... un mapa hacia el tesoro de los fundadores de la ciudad. Oro, joyas, piezas arqueológicas... pero más importante aún: documentos secretos que podrían cambiar la historia.

Los ojos de Charlesman brillaron de emoción. No era solo un robo: era el inicio de una carrera contra el tiempo.

Esa misma tarde, encerrado en su habitación, desplegó viejos mapas de la ciudad, cotejándolos con las descripciones que había escuchado sobre el manuscrito. Las coincidencias eran inquietantes: túneles subterráneos, pasadizos coloniales, símbolos que aparecían en iglesias y plazas. Todo parecía conectado.

Max, inquieto, ladró de repente frente a la ventana. Charlesman se acercó y vio una figura sospechosa observándolos desde la esquina. Cuando bajó corriendo a la calle, el hombre ya había desaparecido, dejando tras de sí solo una colilla de cigarro aplastada contra el suelo.

—Nos vigilan, Max. Esto se complica.

Con el perro al frente, comenzaron a seguir las pistas. Max olfateó la colilla y tiró de la correa hacia el barrio viejo, donde las calles estrechas y los callejones oscuros eran un laberinto perfecto para cualquier ladrón.

La persecución no fue sencilla. Max corría decidido, pero cada vez que creían acercarse al culpable, encontraban solo una sombra desapareciendo tras

una esquina o un portón que se cerraba de golpe. Una vez casi los emboscan dos tipos fornidos que fingían ser transeúntes, pero Max se lanzó con furia y los obligó a huir.

En una de esas huidas, Charlesman notó que las huellas en el suelo no coincidían: había marcas de botas pesadas, pero también pisadas ligeras, como de alguien con zapatos más finos.

—Esto huele a trampa... —dijo en voz baja—. Nos están lanzando pistas falsas.

En efecto, una de las huellas los llevó hasta una vieja panadería abandonada. Parecía el escondite perfecto, pero cuando entraron solo encontraron sacos vacíos y ratas asustadas. El eco de los ladridos de Max resonaba como si alguien se burlara de ellos en la distancia.

Sin embargo, en medio de la nada, Charlesman encontró algo que no encajaba: un pedazo de papel arrugado bajo una viga rota. Lo alisó con cuidado y descubrió símbolos parecidos a los descritos por don Ramírez: estrellas, líneas curvas y números romanos.

—¡Una página del manuscrito! —exclamó—. Se les cayó en la prisa.

Max lamió el papel como si lo aprobara, aunque enseguida gruñó al captar otro olor. Tiró con fuerza de la correa hasta llevar a Charlesman a un muro con grafitis. Allí, escondida entre ladrillos flojos, había una caja metálica pequeña. Dentro, reposaba una llave oxidada.

—Una llave antigua... —dijo Charlesman, examinándola con cuidado—. Esto no es casualidad.

El misterio crecía, y con él, el peligro. Mientras caminaban de regreso, Charlesman sintió la certeza de que alguien más buscaba lo mismo que ellos, alguien con recursos y con una organización detrás.

Esa noche, mientras anotaba todo en su libreta, escribió en mayúsculas:

“MANUSCRITO = MAPA. TESORO ESCONDIDO. ORGANIZACIÓN DETRÁS. MAX = GUÍA.”

Max, echado a sus pies, movió la cola satisfecha, aunque de pronto levantó la cabeza y gruñó hacia la ventana abierta. Charlesman corrió a mirar y vio, una vez más, la sombra de alguien que se alejaba sigilosamente en la oscuridad.

Esta vez, sin embargo, había un detalle diferente: en el muro frente a su casa, alguien había pintado con tiza blanca el mismo símbolo del manuscrito, acompañado de un mensaje inquietante:

“El tesoro no es para todos. Retírate, Charlesman, o te arrepentirás.”

El joven detective apretó los puños. Max ladró, desafiante. Y la aventura, en lugar de cerrarse, se abrió en un abanico de enigmas más grandes y oscuros.



EL TESORO NO ES
PARA TODOS.
RETÍRATE, CHARLESMAN,
O TE ARREPÚRATS.

CAPÍTULO VIII

MAX EN ACCIÓN: LA HUELLA CANINA

Charlesman sabía que su mejor aliado no era solo su mente, sino también Max, su perro fiel de pelaje brillante y mirada inquieta, un verdadero sabueso con un olfato capaz de detectar secretos enterrados bajo capas de silencio. En este nuevo caso, Max sería el protagonista, aunque él nunca lo supiera del todo; para Max, rastrear olores y perseguir huellas era tan natural como respirar, pero esa noche lo conduciría a un misterio más grande de lo que nadie imaginaba.

Todo comenzó con un murmullo entre los vecinos del barrio. Decían que, en la penumbra de la madrugada, un viejo camión entraba y salía de un almacén abandonado junto al río, cargado con cajas misteriosas. Nadie sabía qué llevaban, pero los ruidos metálicos, las voces bajas y las luces repentinas no auguraban nada bueno. Cuando la señora Valdivia, dueña de la bodega de la esquina, vio sombras moverse frente a la fábrica cerrada, no dudó en tocar la puerta de Charlesman.

—Muchacho, si no haces algo, mañana amanecemos sin barrio —dijo con la voz temblorosa pero firme, mientras Max ladraba como si entendiera cada palabra.

Charlesman, que nunca rechazaba una aventura, ajustó la linterna en su cinturón, tomó su libreta y sonrió con el entusiasmo de quien sabe que la noche no terminará tranquila.

—No se preocupe, señora Valdivia. Max y yo veremos qué ocurre.
¿Verdad, compañero?

Max respondió con un ladrido grave, como si jurara solemnemente que nada ni nadie se saldría con la suya.

Al llegar a la callejuela donde estaba el almacén, el silencio parecía morder la oscuridad. Una lámpara parpadeaba a medias y, al fondo, se escuchaba el motor de un camión que se apagaba lentamente. Charlesman se agachó tras una pila de cajas de madera y dejó que Max husmeara el aire. El perro, inquieto, olfateó varias veces el suelo y tiró de la correa hacia el costado.

—¿Qué encontraste, amigo? —susurró Charlesman.

Max rascó el suelo y emitió un ladrido breve, como si señalara el inicio de un rastro invisible.

Siguieron esas huellas que solo Max podía leer. Olía a combustible viejo, sudor y algo metálico, quizás hierro oxidado mezclado con pólvora. El perro guiaba cada paso con precisión, como un detective que lee un código secreto escrito en el viento.

De pronto, se escucharon voces dentro del almacén.

—Rápido, métenlas todas en el camión. Si alguien nos ve, estamos fritos.

—Tranquilo, nadie pasa por aquí a estas horas.

Charlesman se agachó aún más y apuntó su linterna hacia el suelo, evitando cualquier reflejo. Podía ver figuras moviéndose en la penumbra, levantando cajas y apilándolas en la parte trasera del camión. Una de las cajas se abrió y dejó escapar un brillo extraño.

Max gruñó, bajo pero decidido.

—Shhh, calma, compañero —dijo Charlesman acariciando su cabeza—.

Tendremos que esperar el momento justo.

El ladrido contenido de Max fue suficiente para que uno de los hombres girara la cabeza.

—¿Escuchaste eso?

—Seguro es un perro callejero. ¡Apúrate!

Los contrabandistas cerraron la caja y la aseguraron con cadenas. Charlesman tomó nota rápida en su libreta: “Cajas con brillo metálico. Contrabando: ¿joyas, armas, piezas arqueológicas?”. No era una simple operación de contrabandistas; había algo más, lo intuía.

Max, de repente, tiró de la correa y guio a Charlesman hacia la parte trasera del almacén. Allí encontraron una puerta entreabierta que parecía dar a un túnel olvidado. El olor era más fuerte, cargado de humedad y polvo.

—Vaya, Max... creo que hemos encontrado el escondite.

Entraron en silencio, iluminados solo por la linterna. El pasillo estaba cubierto de telarañas y grafitis. Max olfateó con insistencia hasta que encontró algo entre los escombros: un trozo de tela negra con bordados dorados. Charlesman lo recogió y lo examinó.

—Esto no es un simple trapo... parece parte de un uniforme. Y no de cualquier uniforme.

La tela llevaba un símbolo: un círculo atravesado por una serpiente. Charlesman lo había visto antes, en un libro de símbolos clandestinos: era la marca de “La Sombra del Cóndor”, una organización secreta dedicada a robar y traficar con piezas arqueológicas de gran valor.

En ese instante, una luz fuerte los deslumbró.

—¡Alto ahí!

Los contrabandistas los habían descubierto. Max reaccionó de inmediato, ladrando con fuerza y abalanzándose hacia adelante. Charlesman corrió tras él mientras las sombras perseguían desde atrás.

El eco de los pasos resonaba en el túnel. Charlesman esquivaba cajas tiradas en el suelo, mientras Max corría como una flecha, guiado por su instinto. De pronto, una salida al costado apareció iluminada por la luna.

—¡Por aquí, Max!

Saltaron hacia el exterior justo cuando una de las cajas se caía y se abría, dejando rodar varias piezas de cerámica ancestral. Charlesman apenas alcanzó a verlas antes de caer al suelo: eran fragmentos de huacos mochicas, auténticos, saqueados de alguna tumba.

El grupo de contrabandistas se dispersó, algunos corriendo hacia el camión, otros intentando atrapar al intruso. Max, en plena acción, se lanzó contra uno de ellos, sujetando la tela de su pantalón con los dientes y derribándolo en seco.

—¡Buen trabajo, Max! —exclamó Charlesman mientras esposaba improvisadamente al hombre con una cuerda.

Pero no podían detener a todos. El camión arrancó a toda velocidad y desapareció en la oscuridad, llevándose el resto de la mercancía.

El capturado, un hombre corpulento con una cicatriz en la ceja, escupió al suelo y gruñó:

—No saben en lo que se metieron, mocoso. Esto es más grande de lo que imaginas.

Charlesman lo miró fijamente.

—Ya lo sé. Y no pienso detenerme.

Max ladró con fuerza, como si confirmara que aquello apenas era el inicio.

Horas después, entregaron al prisionero a la policía, junto con las pruebas halladas. Sin embargo, Charlesman no podía quitarse de la mente las palabras del hombre ni el símbolo bordado en la tela. Sabía que aquel camión era solo un eslabón de una cadena mucho más oscura.

De regreso a casa, sentado frente a su escritorio, Charlesman escribió en letras grandes en su libreta:

Caso: La huella canina.

Objetivo: La Sombra del Cóndor.

Aliado principal: Max.

El perro, echado a sus pies, levantó la cabeza al escuchar su nombre. Charlesman le acarició el lomo.

—Prepárate, amigo. Lo que hemos descubierto esta noche es apenas la punta del iceberg. Mañana... iremos más lejos.

Max emitió un leve gruñido satisfecho, cerrando los ojos como quien sabe que el destino lo llama a nuevas aventuras.

La ventana permanecía abierta y, a lo lejos, bajo la luz de la luna, una sombra se movía entre los tejados. No estaban solos. Alguien más los vigilaba.

Y así, la noche terminó con un aire de incertidumbre, dejando abierta la puerta hacia una conspiración que apenas empezaba a revelarse.



CAPÍTULO IX

LUCES Y SOMBRAS EN EL MUSEO

La noche estaba fresca, con una brisa tenue que arrastraba hojas secas por la avenida. Charlesman había convencido a Max de dar un paseo antes de dormir, como hacía a veces cuando su cabeza estaba demasiado cargada de ideas. El perro caminaba con paso ligero, orejas alertas, olfateando cada esquina, como si también supiera que algo estaba por suceder.

El Museo Nacional de Arqueología, con su fachada de columnas imponentes y luces mortecinas, parecía dormitar a esa hora. Pero Charlesman, con su ojo atento, notó algo que no encajaba: una luz intermitente dentro del edificio, como un destello irregular, y una sombra que se movía entre vitrinas.

—Max... ¿lo viste? —susurró, inclinándose hacia su compañero.

El perro emitió un gruñido bajo, confirmando la sospecha.

Charlesman se acercó sigilosamente por la verja lateral. En la cerradura de la reja vio lo que temía: marcas recientes de ganzúa, y junto a ellas, un dispositivo electrónico conectado con cables, parpadeando en rojo.

—Esto no es obra de aficionados... —murmuró.

Con una agilidad sorprendente para su edad, trepó la verja, cayendo con suavidad al otro lado. Max, acostumbrado, lo siguió de un salto.

Al rodear el edificio, hallaron una ventana trasera apenas entornada. Charlesman pasó la linterna de bolsillo y observó con cuidado: los barrotes habían sido forzados con una herramienta precisa, sin ruido, sin huellas visibles.

—Definitivamente profesionales —dijo, ajustándose la gorra.

Entraron. El aire en el museo era frío y denso, impregnado del olor a piedra antigua y madera encerada. Las sombras de las estatuas parecían gigantes vigilando, y el eco de cada paso resonaba demasiado fuerte en aquel silencio solemne.

De pronto, un movimiento. Alguien cruzó velozmente entre las vitrinas, agachado, con una linterna mínima. Charlesman apenas alcanzó a distinguirlo: un hombre delgado, encapuchado, cargando un maletín.

—¡Ahí va! —susurró, y Max salió disparado tras la sombra.

La persecución se desató entre corredores y salas, esquivando esqueletos precolombinos y urnas de cerámica. Charlesman corría tras Max, esquivando obstáculos, mientras el ladrón buscaba ganar ventaja.

En un instante de respiro, Charlesman se detuvo y enfocó la linterna en una vitrina abierta: el espacio vacío correspondía a una pieza en forma de disco, cubierta de grabados geométricos. No era una joya de oro ni un objeto llamativo, sino una piedra circular con inscripciones misteriosas.

—Esto no lo hace por dinero —pensó en voz baja—. Ese artefacto tiene algo más.

Max ladró, llamando su atención. El ladrón había llegado a la sala de almacenamiento. Empujó una puerta oculta y desapareció por un pasillo estrecho.

Charlesman lo siguió, pero al doblar la esquina, se topó con otra figura inesperada: un guardia de seguridad, tirado en el suelo, aturdido.

—¿Qué pasó? —le preguntó Charlesman, arrodillándose junto a él.

El hombre parpadeó, confuso.

—No era un ladrón cualquiera... sabía dónde desactivar las alarmas. Y no estaba solo... había al menos dos más.

Charlesman lo ayudó a incorporarse.

—¿Reconoció a alguno?

El guardia dudó.

—No... pero escuché cómo lo llamaban: "Doctor".

Charlesman intercambió una mirada con Max. Aquello no era casualidad.

Volvió a la persecución. El rastro lo condujo hasta la azotea, donde alcanzó a ver a los encapuchados saltando hacia un callejón trasero. Max gruñó con furia, pero estaban demasiado lejos.

Cuando bajó, encontró algo brillante en el suelo: un guante de látex con manchas de polvo rojizo, similar a las arenas arqueológicas usadas en excavaciones. Lo guardó con cuidado.

El eco de sirenas comenzó a llenar la noche. Patrulleros rodeaban el museo, y en minutos, varios policías entraron apresurados. El inspector Gómez, de bigote fino y carácter duro, lo reconoció de inmediato.

—Tú otra vez, Charlesman... ¿no puedes quedarte en casa como cualquier chico normal?

—Yo tampoco lo creería, inspector, pero alguien acaba de robar un artefacto muy particular, y no fue por dinero.

El hombre lo miró con escepticismo, pero Charlesman ya había aprendido a lidiar con eso.

Mientras hablaban, un arqueólogo del museo, el doctor Rivas, llegó corriendo, pálido.

—¿Qué se llevaron? —preguntó con voz angustiada.

Charlesman lo observó con atención. Era un hombre de unos cincuenta años, gafas gruesas, siempre nervioso. Pero ahora parecía más que preocupado: estaba aterrado.

—Un disco de piedra con grabados, ¿verdad? —aventuró Charlesman.

El arqueólogo lo miró sorprendido.

—Sí... pero ese objeto no tiene valor económico, apenas lo estábamos catalogando.

—Precisamente por eso alguien lo quiere —replicó Charlesman.

La policía tomó notas, revisó cámaras (todas misteriosamente desactivadas), y el inspector Gómez terminó despidiéndose con un gesto seco.

—Deja esto en nuestras manos, muchacho.

Pero Charlesman sabía que no podía.

Ya de regreso en su oficina improvisada en casa, revisó el guante que había recogido. Con una lupa detectó pequeños granos rojos incrustados en la tela. No era tierra común.

—Esto es arcilla ceremonial... —murmuró.

Max ladró suavemente, como aprobando el hallazgo.

Charlesman se quedó pensativo. La figura del doctor Rivas seguía rondándole en la mente. Había reaccionado demasiado rápido al robo, como si supiera exactamente qué buscaban.

Al día siguiente, regresó al museo fingiendo ser un estudiante curioso. Rivas lo recibió distraído, revisando papeles.

—Doctor, ¿sabe qué significaban esos grabados? —preguntó Charlesman, con inocencia ensayada.

El hombre se removió incómodo.

—Solo... símbolos preincaicos sin mayor importancia. Nada que preocupe.

Charlesman sonrió.

—Qué raro, porque alguien se arriesgó a entrar anoche solo por eso. ¿No será que escondía otra cosa?

Rivas lo miró fijamente, con una tensión apenas disimulada, y luego fingió sonreír.

—Muchacho, tienes demasiada imaginación.

Charlesman salió, pero no sin antes notar que el arqueólogo cerraba su cajón con un candado demasiado rápido.

Esa noche, mientras caminaba con Max rumbo al puente —sí, el mismo “Puente del Silencio” que ya había visitado en otra investigación—, vio luces sospechosas bajo la estructura. Voces en susurros. Reconoció una: era la del doctor Rivas.

Se escondió tras una columna, conteniendo la respiración.

—El disco es solo la primera pieza —decía Rivas—. Con él podremos localizar el resto.

—¿Y el chico? —preguntó otra voz, más grave.

—Demasiado curioso. Si sigue husmeando... habrá que darle una lección.

Charlesman sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Max tensó el cuerpo, preparado para saltar.

El misterio se volvía más grande: un robo arqueológico, una organización secreta, y un plan que apenas estaba comenzando.

Charlesman acarició el lomo de Max.

—Esto apenas empieza, socio. Y te prometo que no dejaremos que se salgan con la suya.

La sombra de Rivas y sus cómplices se perdió en la oscuridad bajo el puente, y Charlesman, con su cuaderno en mano, apuntó la frase que marcaría el rumbo del siguiente caso:

“El pasado no solo guarda historia... guarda armas.”



CAPÍTULO X

VIGILANCIA OCULTA: EL ESPÍA ENTRE NOSOTROS

La ciudad dormía con ese murmullo constante de motores lejanos, pasos apresurados que se desvanecían en las aceras húmedas y un viento que parecía arrastrar secretos no contados. A esas horas, solo los noctámbulos, los vigilantes de esquina y los curiosos como Charlesman se atrevían a explorar lo que otros preferían ignorar.

Charlesman tenía apenas nueve años, pero su mirada analítica y su manera de tomar notas en una libreta gastada lo hacían parecer un investigador curtido por la experiencia. Su oficina era en realidad un cuarto adaptado en el desván de la casa de su abuela: mapas colgados con chinches, recortes de periódicos, fotografías borrosas, cuadernos con símbolos y, en un rincón, una radio antigua que aún crepitaba cada noche. Todo era desordenado a primera vista, pero cada objeto tenía un lugar exacto dentro del universo mental de Charlesman.

A su lado, siempre estaba Max, su perro mestizo de orejas inquietas y hocico fino, capaz de olfatear un rastro en la oscuridad y de gruñir con exactitud cuando algo no encajaba. Charlesman solía decir que Max era más que un compañero: era su socio, su confidente y, a veces, el primero en advertirle que la lógica debía rendirse ante la intuición canina.

Aquella noche de septiembre, una llamada urgente quebró la rutina. Sebastián, su mejor amigo, le había marcado casi sin aire, entrecortado por la ansiedad:

—Charles... tienes que venir. ¡Lo encontraron bajo el puente! Fue horrible. Nadie quiere hablar. Y dicen que tú... que tú puedes verlo todo de otra manera.

Charlesman no necesitó más detalles. Sabía que Sebastián exageraba cuando se trataba de rumores escolares, pero el tono de su voz revelaba que, esta vez, había algo real. Preparó su mochila con linterna, cuadernos, una cámara desechable, unas galletas (por si Max se ponía hambriento) y salió de casa en silencio, dejando apenas un papel en la mesa: “Salí a investigar. Vuelvo pronto”.

El barrio estaba envuelto en neblina. Los postes de luz titilaban como si dudaran de su propia energía. Max tiraba de la correa con una mezcla de prisa y desconfianza. El camino hacia el puente atravesaba callejones estrechos donde los muros estaban grafitados con símbolos que Charlesman ya había visto en otras investigaciones: círculos rojos, flechas apuntando hacia abajo, números invertidos. Nada casual.

El “Puente del Silencio” se alzaba a las afueras, una estructura de hierro oxidado que alguna vez había sido parte de la ruta principal del tren, pero que ahora solo servía como paso peatonal y refugio de rumores. Los vecinos aseguraban escuchar susurros extraños cuando la bruma cubría el río, y no faltaban los que juraban haber visto figuras encapuchadas en sus arcos.

Cuando Charlesman llegó, ya había un pequeño grupo de curiosos que cuchicheaban a distancia. Dos policías mantenían a la gente lejos con cinta amarilla. Sebastián apareció entre ellos, con la cara pálida.

—No es un rumor, Charles. De verdad pasó algo. —su voz temblaba.

Charlesman se ajustó la linterna en la frente y le hizo una seña a Max, que ladró como si diera la orden de avanzar.

—Si es verdad, entonces alguien dejó huellas —respondió Charlesman con calma—. Y si hay huellas, las encontraremos.

El sargento Medina, un hombre robusto de bigote espeso, lo reconoció de inmediato.

—Tú otra vez, muchacho... —gruñó, aunque sin verdadera molestia—. No sé cómo siempre te las arreglas para aparecer antes que la prensa.

—No soy la prensa, señor. Solo quiero ayudar —contestó Charlesman, serio, mostrando su libreta como si fuera una credencial.

Medina resopló, pero al final lo dejó acercarse un poco más, quizá porque en el fondo sabía que aquel chiquillo veía detalles que los adultos solían pasar por alto.

Bajo el puente había manchas oscuras sobre la grava húmeda. No era un crimen mayor, como Sebastián había pintado, pero sí un robo violento: la bicicleta de un repartidor estaba destrozada, las bolsas de comida regadas por el suelo, y una billetera abierta con documentos tirados, como si alguien los hubiera revisado con apuro.

—Un asalto —dijo Medina, encogiéndose de hombros—. Nada más.

Pero Charlesman no estaba de acuerdo. Observó con atención y anotó: las huellas no iban en línea recta, sino en círculos, como si alguien hubiera esperado. En una de las paredes de cemento encontró un símbolo rojo recién pintado, idéntico a los del barrio. Y Max, olfateando la grava, sacó un trozo de tela negra con olor metálico.

—Esto no es un simple asalto, señor —afirmó Charlesman, alzando la tela—. Es un mensaje.

Medina chasqueó la lengua.

—Siempre con tus teorías, muchacho.

Sebastián, sin embargo, abrió los ojos como platos.

—¿Un mensaje de quién?

Charlesman no respondió de inmediato. Tenía que estar seguro.

A lo lejos, un silbido cortó la noche. Max gruñó. Charlesman alzó la linterna y apenas alcanzó a ver una sombra que corría hacia el otro extremo del puente. Sin pensarlo, soltó la correa y gritó:

—¡Max, vamos!

La persecución comenzó. El eco de los pasos resonaba en las planchas metálicas del puente, mezclado con el jadeo del perro y el retumbar del río debajo. La sombra dobló hacia un camino estrecho cubierto de maleza. Charlesman corrió tras ella, esquivando ramas que le arañaban el rostro.

—¡Detente! —gritó, sabiendo que probablemente no obedecería.

La figura saltó una cerca baja y desapareció entre las sombras de los almacenes abandonados. Charlesman llegó unos segundos tarde, respirando con fuerza. Max ladraba frente a un portón cerrado, rascando con furia.

El detective juvenil alumbró con su linterna y descubrió un detalle crucial: en la cerradura había restos de pintura roja, como si alguien hubiera marcado el lugar con prisa.

—Lo marcaron... igual que el puente —murmuró.

De pronto, un ruido metálico retumbó dentro del almacén. Charlesman intentó abrir la puerta, pero estaba trabada. Y justo cuando pensó en escalar, una sirena policial se acercó. El sargento Medina lo alcanzó, con cara de pocos amigos.

—¿Otra vez tú? Esto no es un juego, chico.

—No es un juego, señor. El ladrón está aquí dentro.

Medina miró la puerta, suspiró y ordenó a sus hombres rodear el edificio. Pero cuando finalmente lograron entrar, solo encontraron polvo, cajas viejas y un cuaderno abierto en medio del piso.

Charlesman lo recogió. Estaba lleno de garabatos, símbolos y listas de objetos aparentemente sin valor: linternas, cuerdas, candados. Todo mezclado con frases incompletas: “La reunión... bajo el puente... medianoche”.

Era, sin duda, una pista. Pero también podía ser una trampa.

Esa noche regresó a su oficina con más preguntas que respuestas. Pegó el cuaderno en su tablero de corcho y dibujó un mapa del barrio uniendo los

símbolos rojos que había encontrado. Para su sorpresa, formaban un círculo imperfecto que encerraba el colegio San Martín.

Max se echó a su lado, bostezando. Charlesman lo miró con una mezcla de cansancio y entusiasmo.

—¿Lo ves, Max? Todo apunta al colegio. —acarició su cabeza—. Y si ese puente guarda secretos, nuestro salón también puede esconderlos.

La radio antigua chisporroteó en ese instante. Una voz distorsionada susurró: “Mañana... alguien vigila... no confíes en nadie”.

Charlesman sintió un escalofrío. Miró a Max, que levantó las orejas.

—Esto apenas comienza —dijo el muchacho, cerrando su libreta—. Y mañana tendremos que estar listos.

El silencio del barrio se hizo más pesado. Afuera, la neblina cubría el Puente del Silencio como un velo, guardando en sus entrañas las respuestas que todavía se resistían a salir a la luz.

Charlesman se levantó temprano esa mañana, antes de que el reloj del pasillo marcara las seis y media. La luz grisácea del amanecer apenas se colaba por la ventana de su cuarto, y Max, que dormía enroscado en su rincón, levantó una oreja como diciendo “¿ya empezamos?”.

—Tranquilo, socio —murmuró Charlesman, mientras se vestía con la calma de quien ya había diseñado mentalmente todo su día—. Hoy tenemos más preguntas que respuestas, y eso significa problemas.

El colegio San Martín, visto desde fuera, era una mole de ladrillos con un aire solemne. Pero a esas horas, cuando apenas llegaban los primeros alumnos,

tenía algo inquietante: los pasillos se veían demasiado largos, el eco de los pasos parecía amplificarse y hasta los murales pintados por los estudiantes parecían mirarlo fijamente.

Max caminaba a su lado con la cola rígida, olfateando cada puerta, cada esquina.

Apenas entrar, Charlesman notó algo raro. El casillero de Lucía, la chica más estudiosa de su clase, estaba abierto de par en par, y varios libros se habían caído al suelo. Ella estaba arrodillada, recogiendo las hojas con expresión angustiada.

—¿Otra vez? —preguntó Charlesman, inclinándose a ayudarla.

Lucía lo miró con un destello de incomodidad en los ojos.

—No sé quién es, Charles. No soy descuidada, lo juro. Ayer cerré mi casillero con candado. Hoy lo encontré así.

Charlesman observó con atención. El candado no estaba forzado, pero sí abierto. Max olisqueó la cerradura y gruñó bajo.

—Alguien tenía la llave o una copia... —susurró Charlesman. Luego, más alto: — No te preocupes, Lucía. Yo lo averiguaré.

Ella le sonrió con una mezcla de gratitud y alivio.

El recreo llegó con una tensión extraña en el aire. Algunos chicos cuchicheaban, otros se callaban abruptamente al verlo pasar. Charlesman fingía no darse cuenta, pero anotaba cada mirada esquiva, cada movimiento sospechoso.

En un rincón del patio, vio a Ernesto, un muchacho nervioso que siempre parecía estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Tenía un papel doblado en la mano, y cuando Charlesman se acercó, trató de guardarlo en el bolsillo con torpeza.

—¿Qué escondes, Ernesto? —preguntó con tono ligero, casi divertido.

—N-nada, solo... apuntes —balbuceó.

Charlesman extendió la mano.

—Entonces no te importará mostrarlo.

Ernesto dudó, pero al final le entregó el papel. Charlesman lo abrió. Era un mensaje escrito con letras recortadas de revistas: “El puente no es seguro. Vigila al maestro.”

Levantó las cejas.

—¿El puente? —repitió.

—No sé quién lo dejó en mi casillero, te lo juro —se defendió Ernesto, sudando frío—. Yo solo lo encontré esta mañana.

Max gruñó otra vez, como si detectara un olor particular en el papel.

Charlesman lo guardó en su libreta de pruebas.

Más tarde, en clase de historia, mientras el profesor Morales explicaba la independencia del Perú con su voz pausada, Charlesman no dejaba de observar. Morales era un hombre serio, de mirada profunda, con fama de estricto pero justo. Sin embargo, Charlesman notaba algo raro: cada cierto tiempo, el profesor deslizaba la mano bajo el escritorio, como si activara algo oculto.

Cuando sonó el timbre, Charlesman se quedó un segundo más, fingiendo revisar sus cuadernos. Vio que, efectivamente, había un pequeño botón disimulado en la madera del pupitre del profesor.

—Interesante... —murmuró.

Pero no pudo examinarlo más: un grupo de chicos entró empujando, y tuvo que retirarse con Max.

Esa noche, ya en su oficina improvisada —un escritorio de madera en su habitación, lleno de libretas, lupas, y una lámpara vieja que apenas iluminaba—, repasó todo con Max.

—Tenemos libros desaparecidos, mensajes anónimos, casilleros abiertos sin fuerza, y un maestro que oculta un mecanismo en su escritorio. Demasiadas piezas sueltas.

Max gimió suavemente y apoyó el hocico sobre un cuaderno donde Charlesman había dibujado un esquema del colegio. Su pata quedó justo sobre el salón de historia.

—Exacto, Max. Yo también creo que el profesor Morales está en el centro de esto. Pero ¿es culpable o solo otra pieza en el tablero?

La respuesta no tardó en complicarse.

Al día siguiente, al entrar al colegio, Charlesman fue interceptado por el subdirector, un hombre gordo y de bigote tieso.

—Charles, un momento. Me han dicho que andas hurgando en cosas que no te incumben.

Charlesman lo miró fijo.

—Con todo respeto, señor, solo intento ayudar. Hay cosas raras sucediendo.

El subdirector bufó.

—Deja eso en manos de los adultos. Concéntrate en tus estudios.

Pero había algo en su mirada... un destello de nerviosismo.

Más tarde, cuando salió de clases, Charlesman y Max decidieron dar una vuelta por el barrio. En una esquina oscura, vieron a dos hombres encapuchados hablando en voz baja. Uno sacó una carpeta gruesa y señaló con el dedo unas hojas.

—Mañana al puente, a medianoche —dijo uno.

Charlesman se agazapó tras un basurero para escuchar mejor, pero Max, inquieto, ladró una vez. Los hombres se dieron vuelta.

—¡Es el mocosó! —gritó uno.

Y de pronto, la persecución comenzó.

Charlesman corrió por las calles estrechas, con Max a su lado, esquivando charcos, saltando escaleras. Los hombres lo seguían, cada vez más cerca. El corazón le latía a toda velocidad, pero la adrenalina lo mantenía enfocado.

—¡Por aquí, Max! —gritó, doblando hacia un callejón.

Saltaron una reja baja, atravesaron un patio, y salieron de nuevo a la avenida. Un carro pasó rozándolos con un bocinazo.

Al fin, lograron despistarlos entrando en una tienda de abarrotes. La dueña, una anciana que conocía a Charlesman desde niño, lo escondió detrás del mostrador.

—Shhh —le dijo ella—. Nadie te vio entrar.

Los hombres pasaron corriendo de largo, maldiciendo.

Cuando se fueron, la anciana lo miró con ojos cansados.

—Estás jugando con fuego, Charles. Ese puente esconde secretos que ni los grandes se atreven a tocar.

—¿Qué sabe usted? —preguntó él con urgencia.

La mujer bajó la voz.

—Solo sé que los que se meten demasiado... desaparecen.

Charlesman tragó saliva. Max lamió su mano, como recordándole que no estaba solo.

Al volver a casa, escribió en su libreta: “Medianoche. El puente. El profesor Morales podría estar implicado. El subdirector sabe más de lo que dice. Pistas falsas posibles.”

Apagó la lámpara, pero no pudo dormir. Afuera, la luna brillaba sobre la ciudad, y el rumor del río cercano parecía susurrar promesas oscuras.

La investigación apenas empezaba, y el colegio San Martín, que siempre había sido un refugio, ahora se transformaba en un campo minado de secretos.



EL PASADO NO SOLO
GUARDA HISTORIA...
GUARDA ARMAS.

EL POEADO
EL KIME Y
DENTMIAZ.

CAPÍTULO XI

EL PUENTE DEL SILENCIO

El barrio siempre había tenido sus rincones oscuros, pero ninguno tan cargado de rumores como aquel viejo puente a las afueras de la ciudad. Lo llamaban **El** Puente del Silencio, porque, según los vecinos, allí todo sonido parecía apagarse de golpe, como si las palabras, los pasos y hasta el canto de los pájaros se hundieran en un pozo invisible. Algunos juraban que en las noches se escuchaban susurros, voces que no provenían de nadie visible, y que más de un curioso había regresado temblando después de cruzarlo.

Para Charlesman, que nunca dejaba pasar un misterio sin intentar resolverlo, aquel lugar era más un desafío que un motivo de temor. Sin embargo, lo que lo llevó hasta ahí aquella noche no fueron las leyendas urbanas, sino un hecho real y mucho más inquietante: un crimen violento había ocurrido bajo el puente, y la policía local, incapaz de avanzar con las pocas pistas disponibles, aceptó a regañadientes la ayuda del joven detective.

La llamada lo despertó cerca de la medianoche. La lluvia había mojado las calles, y el reflejo de las farolas convertía los charcos en espejos inquietos. Max, su inseparable compañero de cuatro patas, levantó las orejas en cuanto Charlesman empezó a calzarse las botas.

—Parece que esta noche no será de descanso, Max —murmuró el muchacho, ajustándose la chaqueta impermeable—. El “Puente del Silencio” nos espera.

El perro respondió con un leve gruñido, mezcla de emoción y alerta.

Cuando llegaron, la escena era digna de un relato de misterio. El puente se alzaba, enorme y corroído por el tiempo, con las barandas oxidadas y cubiertas de musgo. Abajo, el río apenas se distinguía bajo la neblina espesa que subía como un velo. Policías uniformados caminaban de un lado a otro, pero lo hacían con evidente incomodidad, como si quisieran terminar cuanto antes.

—¿Tú eres Charlesman? —preguntó uno de ellos, un sargento de rostro cansado y voz incrédula—. No puedo creer que llamaran a un... bueno, a un chico.

—Un chico con más casos resueltos que usted, probablemente —respondió Charlesman sin perder la calma, mientras Max olfateaba el suelo fangoso—. Déjeme ver la escena.

El policía masculló algo entre dientes, pero terminó apartándose. Charlesman descendió hasta la base del puente, iluminando con una linterna los muros húmedos. Allí estaba: un rastro de sangre en el concreto, huellas de zapatos desordenadas, y lo que más llamó su atención, unas marcas extrañas en la pared, como símbolos tallados a la prisa.

Max ladró suavemente y tiró de la correa hacia una pila de maderas apiladas en un rincón. Charlesman se agachó y, con cuidado, apartó los tablones. Encontró una bolsa de tela empapada que contenía guantes negros y una máscara rota.

—Interesante... —susurró, mientras tomaba nota en su libreta—. Esto no es obra de improvisados.

El sargento lo observaba con recelo.

—La policía ya revisó esa zona.

—Pero no con ojos atentos —respondió Charlesman, guardando la bolsa en una evidencia improvisada—. Dígame, ¿escucharon algo extraño esta noche?

El hombre dudó antes de contestar:

—Se supone que aquí todo se vuelve... demasiado silencioso. Algunos de mis hombres dicen que oyeron pasos, pero no vieron a nadie.

Charlesman sonrió de lado. Ese detalle coincidía con los rumores. No le sorprendía que el miedo hubiera nublado la percepción de los policías.

A medida que investigaba, notó algo peculiar: las huellas en el suelo no correspondían todas a la misma persona. Había al menos tres pares diferentes, y uno de ellos mostraba un patrón muy raro, como si el calzado tuviera clavos en la suela.

—Max, ¿qué opinas? —preguntó, y el perro respondió con un ladrido breve, corriendo hacia un túnel que atravesaba debajo del puente.

El túnel olía a humedad y herrumbre. Charlesman avanzó con la linterna, sintiendo cómo la neblina se espesaba allí dentro. Fue entonces cuando vio algo que lo dejó helado: unas velas consumidas hasta la mitad, colocadas en círculo, y en el centro un cuaderno mojado.

Lo tomó con cuidado. Las páginas estaban cubiertas de anotaciones desordenadas: nombres, fechas, números de cuentas bancarias y hasta direcciones del barrio.

—Esto no es solo un crimen aislado... —murmuró—. Es parte de algo más grande.

Un ruido a sus espaldas lo obligó a girar de inmediato. Una sombra corrió hacia la salida del túnel.

—¡Alto! —gritó, y sin pensarlo dos veces, salió tras ella.

Max fue el primero en lanzarse a la persecución, ladrando con fuerza. La figura encapuchada corría con agilidad, pero el barro le hacía perder equilibrio. Charlesman, pese a su corta edad, estaba acostumbrado a estas carreras nocturnas, y no tardó en reducir la distancia.

El perseguidor dobló hacia una zona de maleza, esquivando ramas y charcos. Charlesman estuvo a punto de alcanzarlo cuando, de pronto, el encapuchado se tropezó y cayó de bruces.

—¡Te tengo! —exclamó el muchacho, abalanzándose sobre él.

Pero lo que encontró lo desconcertó: no era un criminal endurecido ni un adulto peligroso, sino un adolescente del barrio, temblando de miedo.

—¡No soy yo, se lo juro! —gimió el muchacho, con la voz quebrada—. Solo... solo me pagan para dejar cosas aquí... yo no hice nada.

Charlesman lo miró con desconfianza.

—¿Quién te paga?

El chico negó con la cabeza.

—No puedo decirlo. Si hablo, me van a hacer desaparecer.

Antes de que Charlesman pudiera insistir, un par de patrulleros llegaron, alertados por los ladridos de Max. El sargento se acercó corriendo.

—Buen trabajo, detective de bolsillo —ironizó—. Parece que atrapaste al culpable.

—Él no es el culpable —corrigió Charlesman con firmeza—. Es solo un peón. Y si lo arrestan ahora, el verdadero responsable se esconderá aún más.

El sargento lo miró con escepticismo, pero Charlesman no estaba dispuesto a soltar la pista.

Durante los días siguientes, el joven detective dedicó cada minuto libre a revisar el cuaderno encontrado. Los nombres y números correspondían a vecinos respetables: comerciantes, funcionarios, incluso un profesor de la escuela. Pero cuanto más analizaba, más claro le quedaba que muchos de esos datos eran pistas falsas, colocadas allí para despistar.

Una tarde, mientras organizaba las notas en su oficina improvisada —una mesa llena de papeles, mapas y cables—, Sebastián, su mejor amigo, apareció nervioso.

—Charles, ¿de verdad vas a seguir con esto? Todos dicen que el Puente está maldito.

—Las maldiciones no existen, Sebas. Pero las conspiraciones sí. Y te aseguro que aquí hay una muy grande.

Max ladró como si respaldara la afirmación.

Esa misma noche, regresaron al puente. Querían verificar una pista: las huellas con clavos en la suela. Charlesman recordaba haber visto algo parecido en el calzado de un guardia de seguridad del barrio.

Cuando llegaron, se toparon con una escena inesperada: tres hombres robustos descargaban cajas desde una camioneta y las ocultaban bajo el puente. Charlesman y Sebastián se escondieron tras unos arbustos.

—¿Ves eso? —susurró Charlesman—. No es solo un puente abandonado, es un centro de operaciones.

Pero antes de poder acercarse, uno de los hombres levantó la vista y pareció detectar movimiento.

—¡Oye! —gritó, y los demás voltearon.

Charlesman corrió de inmediato, jalando a Sebastián. Max, siempre intrépido, se lanzó hacia los hombres, ladrando y obligándolos a retroceder unos segundos. Fue suficiente para ganar ventaja.

La persecución atravesó un descampado hasta llegar a unas casas viejas. Charlesman se escondió tras un muro, conteniendo la respiración. Los pasos de los hombres resonaban cada vez más cerca.

De pronto, un silbido lo distrajo: era Don Hilario, el anciano vecino que siempre rondaba por el barrio con un farol en la mano.

—Por aquí —susurró el viejo, abriendo una puerta oculta en una pared.

Charlesman, Sebastián y Max entraron sin dudar. El escondite olía a humedad y polvo, pero al menos estaban a salvo por unos minutos.

—¿Qué hace aquí, Don Hilario? —preguntó Charlesman.

El anciano lo miró con seriedad.

—Ese puente ha guardado secretos por décadas, muchacho. Y tú estás a punto de destapar lo que muchos quieren mantener enterrado.

Charlesman comprendió entonces que no solo se enfrentaba a un caso aislado, sino a una red de silencios, miedos y complicidades.

Cuando por fin lograron salir del escondite, las calles estaban desiertas. Los hombres habían desaparecido.

Charlesman respiró hondo.

—Esto no termina aquí. Al contrario, recién empieza.

Max, con la lengua afuera y la mirada alerta, parecía coincidir.

El puente, con su estructura corroída y su silencio espectral, seguía allí, como un guardián de secretos. Y en lo más profundo de su instinto, Charlesman supo que lo que había descubierto esa noche era apenas la superficie de un entramado mucho más peligroso.

La aventura, lejos de cerrarse, acababa de abrir una puerta hacia un misterio mayor.



CAPÍTULO XII

EL ROBO DE IDENTIDAD DIGITAL

La noche en que todo empezó, el barrio de Charlesman tenía ese aire enrarecido de los días en que algo se prepara en silencio. Las farolas parpadeaban como si tuvieran sueño, la neblina subía desde el río cercano y, detrás de las ventanas, los vecinos parecían haber decidido acostarse más temprano de lo usual. Solo en la casa de la esquina, en la que Charlesman había instalado su pequeña oficina de detective juvenil —un cuarto lleno de mapas del barrio, pizarras con garabatos y una computadora siempre encendida—, la actividad bullía como si fuera mediodía.

Max, su perro inseparable, bostezaba estirado en una alfombra, pero sus orejas estaban erguidas y atentas a cada sonido. La lámpara del escritorio lanzaba un cono de luz amarillenta sobre la mesa, donde Charlesman revisaba unos recortes de periódico antiguos. El ambiente olía a café con leche tibio y a misterio fresco.

Un golpeteo nervioso en la ventana lo sacó de sus notas. No era el viento. Al asomarse, distinguió la cara preocupada de su mejor amigo, Sebastián, que parecía haber corrido hasta quedarse sin aire.

—¡Charlesman, abre! —suplicó, con la voz entrecortada.

El joven detective no tardó en abrir la puerta. Sebastián se lanzó dentro como si alguien lo persiguiera, y Max se puso alerta de inmediato.

—¿Qué pasó? —preguntó Charlesman, ya con el ceño fruncido.

Sebastián sostuvo un celular tembloroso entre las manos.

—Me están arruinando la vida —dijo casi en un susurro—. Alguien... alguien está haciéndose pasar por mí.

Charlesman lo hizo sentar y encendió otra lámpara, iluminando la angustia en su rostro.

—Explícate bien.

—Crearon perfiles falsos con mi nombre. Publican tonterías, fotos que no son mías, mensajes agresivos contra los profes y hasta amenazas absurdas. Hoy la directora me llamó y casi me suspende. Y lo peor... —bajó la voz aún más—, es que también usaron mis datos para intentar entrar a la cuenta bancaria de mi mamá.

Max gruñó como si entendiera la gravedad.

—Eso es serio —asintió Charlesman, poniéndose de pie—. Muy serio. Pero tranquilo, Sebas, porque si alguien cree que puede engañar a todo el barrio... no ha contado con nosotros.

Max ladró como confirmando su papel en la investigación.

El laboratorio improvisado de Charlesman era una mezcla de cuarto infantil y agencia de detectives. En un rincón había una estantería con cómics y lupas, y en otro, un monitor grande conectado a varios programas de rastreo que él mismo había configurado.

Mientras Sebastián caminaba de un lado a otro, el detective juvenil empezó a escribir comandos y a revisar la actividad en línea.

—Mira esto —dijo señalando el monitor—. Los perfiles falsos fueron creados desde una misma dirección IP. Eso ya nos da una pista.

—¿Y se puede saber quién es?

—En teoría, sí. Pero el tipo usa algo parecido a una red oculta para despistar. Nada que no podamos desarmar con paciencia.

Max, sentado a un lado, parecía seguir cada movimiento de la pantalla. De vez en cuando, emitía un ladrido breve como si opinara sobre las líneas de código.

La investigación avanzó durante días. Charlesman y Sebastián interrogaron discretamente a algunos compañeros de la escuela, buscaron coincidencias en los horarios de conexión y, sobre todo, rastrearon pequeños errores que el impostor había dejado.

Una tarde, en el parque central, Charlesman se reunió con Julia, la bibliotecaria del barrio, que siempre estaba al tanto de rumores digitales.

—Dicen que un chico de segundo, el tal Bruno, anda fanfarroneando con que puede hackear lo que sea —comentó ella, bajando la voz.

Charlesman tomó nota, pero no se precipitó.

—Gracias, Julia. Pero recuerda, no siempre el que se jacta es el culpable.

Esa misma noche, sin embargo, las sospechas parecían confirmarse. El perfil falso subió una foto trucada de Sebastián... ¡con la camiseta de Bruno en el fondo!

Sebastián casi estalló.

—¡Es él! ¡Tiene que ser él!

Pero Charlesman, con calma, negó con la cabeza.

—Demasiado obvio. Y cuando algo es demasiado obvio, suele ser falso.

La primera persecución llegó en una noche húmeda, cuando Charlesman detectó que alguien estaba intentando borrar huellas digitales en la red. Con Max y Sebastián, corrió hasta un cibercafé del barrio que aún estaba abierto.

Al entrar, solo quedaban tres computadoras encendidas. Un chico encapuchado se levantó de golpe y salió corriendo.

—¡Ese es! —gritó Sebastián.

Charlesman y Max lo siguieron. El perro llevaba la delantera, ladrando con energía. Las calles estaban mojadas, y la neblina hacía que las luces parecieran fantasmas lejanos. Corrieron entre callejones estrechos, saltaron charcos, esquivaron cajas de cartón.

El encapuchado dobló por una esquina y desapareció. Cuando llegaron, solo había una bicicleta tirada contra la pared.

—Nos tendió una trampa —jadeó Charlesman, tomando nota de la marca de la bicicleta—. Pero cada trampa deja una huella.

Los días siguientes fueron de tensión. Cada vez aparecían más perfiles falsos, y los mensajes eran más agresivos. Algunos vecinos empezaron a desconfiar de Sebastián, mientras otros lo defendían.

Una noche, Charlesman recibió un mensaje extraño en su computadora: *“Si quieres salvar a tu amigo, deja de husmear. O lo que viene será peor”*.

Sebastián palideció al leerlo.

—¿Y si tienen razón? ¿Y si no podemos detenerlos?

Charlesman sonrió con esa mezcla de audacia y calma que lo caracterizaba.

—¿Dejar de husmear? Eso sería como pedirle al sol que deje de salir.

Max ladró, aprobando la respuesta.

El giro inesperado llegó cuando Charlesman logró cruzar datos de las conexiones. El impostor no estaba en la escuela, ni era Bruno, ni ningún alumno conocido. El rastro llevaba... a la propia biblioteca del barrio.

Con sigilo, fueron una tarde a investigar. Entre los estantes oscuros, escucharon el tecleo frenético de un teclado.

Al acercarse, descubrieron a... Julia.

—¡La bibliotecaria! —exclamó Sebastián, incrédulo.

Ella levantó la mirada, sorprendida, pero no asustada.

—Lo sé, parece extraño —dijo con voz tranquila—. Pero yo no creé esos perfiles. Alguien está usando la red de la biblioteca para encubrirse.

Charlesman la observó fijamente, buscando contradicciones. Max gruñía, desconfiado.

—Si dices la verdad, entonces nos ayudarás a atrapar al verdadero culpable.

Julia asintió.

La persecución final ocurrió en una madrugada lluviosa. Con la ayuda de Julia, Charlesman rastreó la señal hasta una casa abandonada cerca del río. Las ventanas estaban rotas, y el interior olía a humedad y a secretos.

Cuando entraron, el sonido de un teclado retumbaba en la penumbra.

—¡Alto ahí! —gritó Charlesman.

El impostor intentó huir, pero Max lo interceptó, bloqueando la salida.

Era un chico mayor del barrio, Julián, conocido por su habilidad con las computadoras y por meterse en problemas.

—No era personal —balbuceó—. Solo quería probar que podía hacerlo.

—Robar una identidad nunca es un juego —replicó Charlesman con firmeza—. Jugaste con la vida de mi amigo.

Sebastián recuperó sus datos, y con las pruebas recolectadas, Julián tuvo que enfrentar las consecuencias.

La calma regresó al barrio poco a poco. Sebastián volvió a la escuela sin la sombra de las sospechas, y la directora le pidió disculpas. Charlesman, en cambio, no se sintió del todo tranquilo.

Una tarde, mientras organizaba sus notas, vio en su computadora un mensaje nuevo, firmado con un ícono que no había visto antes: un ojo abierto.

“Buen trabajo, pequeño detective. Pero este fue solo el comienzo. Hay cosas más grandes de lo que imaginas. Te estamos observando”.

Charlesman cerró los ojos y respiró hondo. Max lo miraba, atento.

—Parece que tenemos un nuevo caso, compañero. Y esta vez... será mucho más grande.

La lámpara de su oficina proyectaba sombras inquietas en la pared, como si el propio barrio supiera que la calma era apenas una pausa.



Si queres savor
a to arigo,
deja do husmer.
O la do vazmo
veama pedor

CAPÍTULO XIII

LA VOZ EN LA RADIO

La radio de madera crujió como si respirara. Era un aparato heredado del abuelo de Charlesman, una reliquia con diales de latón que siempre parecía saber cuándo debía encenderse. Aquella noche la casa olía a pan recién hecho, pero el pan dormía frío en la mesa; nadie más en la familia había querido levantarse a escuchar el primer programa nocturno. Charlesman, sin embargo, tenía la costumbre de quedárselas despierto hasta tarde; las horas muertas le sentaban bien a la escucha.

Max dormía enroscado a sus pies, una bola de sueño que de vez en cuando movía una oreja al compás de la radio. La luz era tenue —solo la lámpara de la mesita y el resplandor azul de la pantalla del viejo receptor— y por la ventana la calle parecía una franja de plata bajo la lluvia reciente. A las once, cuando la voz del locutor terminó una publicidad y la sintonía bajó de volumen, algo atravesó la estática: una secuencia de notas, intercaladas con silencios, seguida de un hilo de palabras que no pertenecían al programa nocturno.

Charlesman se incorporó de golpe. La voz en la radio era clara, pero su cadencia no tenía sentido inmediato; hablaba en frases cortas, con pausas que recordaban más a la respiración de alguien que teme ser oído que a una emisión preparada. Entre las palabras se deslizaban sonidos —una campanilla, un acorde de guitarra— que no pertenecían a la pieza musical que sonaba antes. Era, por decirlo de alguna manera, una voz que hablaba en doble fondo: lo que decía y lo que callaba.

Sin pensarlo, Charlesman sacó su pequeña grabadora. La dejó corriendo y, en el silencio que siguió, cerró los ojos y trató de escuchar como lo había hecho su abuelo la tarde en que le enseñó a distinguir el ruido útil del ruido que solo distrae.

—¿Escuchas, Max? —susurró, sin bajar la voz, porque la casa, en esas horas, parecía demasiado propensa a escuchas—. Esto no es una broma.

El perro alzó la cabeza, olfateó el aire y apoyó la cabeza en el regazo del muchacho, como si dijera: "Estoy listo".

La emisión terminó abruptamente y la radio volvió al murmullo del programa. Charlesman rebobinó la grabación con el pulgar hasta el punto donde la voz apareció. Reprodujo y reproducía, pausando, adelantando, deteniendo. No era solamente lo que se decía: eran los silencios entre palabras, los timbres de cierto instrumento, la repetición detallada de frases en intervalos que parecían regidos por una regla oculta.

Recordó entonces un juego que su abuelo le enseñó: "Si el silencio tiene ritmo, alguien está tratando de hablar en clave". El abuelo no le había dado la clave completa —decía que aprender a escuchar era la mitad de la ciencia—, pero sí le mostró cómo contar pausas, cómo separar grupos de sonidos y buscar repeticiones. Con esa guía mínima, Charlesman comenzó a trazar sobre su cuaderno una serie de cifras junto a pequeñas descripciones: "campana — 3", "pausa larga — 2", "acorde menor — 1".

La secuencia, una vez organizada, dejó entrever un patrón: no eran notas musicales al azar sino fragmentos de una melodía popular que, al tomarlos como indicadores, formaban letras. Era algo así como tomar una canción y usar sus

notas como un alfabeto. Charlesman sonrió, no de alegría sino de tensión: no se trataba sólo de un mensaje; era una advertencia.

—Dicen un lugar —murmuró en voz alta, leyendo lo que había descifrado—. “Almacén de la cuarta vía. Antes del alba”.

La frase era corta, pero contenía demasiadas cosas. “Almacén de la cuarta vía” podía ser cualquier depósito olvidado junto a las vías del tren. “Antes del alba” marcaba urgencia.

No había tiempo que perder. Abrió el cajón donde guardaba sus herramientas: una linterna pequeña, una navaja, una cuerda delgada, la vieja cámara fotográfica y la correa de Max. En la puerta, su madre parpadeó, despertada por el ruido.

—¿Vas a salir ahora? —preguntó, con la voz aún en sueño.

—Sí —respondió Charlesman con la misma calma que uno usa para no alarmar en exceso—. Hay algo que debo comprobar. No te preocupes.

Ella dudó, vio a Max y supo que el plan no era una locura. Dejó que cerrara la puerta.

La estación ya no tenía trenes que pasaran con frecuencia; las locomotoras habían abandonado la ruta hacía años, pero los rieles aún surcaban la ciudad como cicatrices peinadas de óxido. El “Almacén de la cuarta vía” era un nombre que todos conocían en tonos distintos: para algunos era un viejo galpón de telas, para otros, un refugio de gatos; para Charlesman, esa noche, era el lugar señalado por una voz que debía ser tomada en serio.

La niebla pegajosa cubría el suelo cuando llegaron. Un olor a aceite y barro flotaba en el aire. La puerta del almacén crujió cuando la empujaron; adentro había pilas de cajones, telarañas y palets apilados como tumbas. Max olisqueó cada rincón hasta detenerse frente a una hendidura en el suelo. Charlesman miró mejor y vio, entre la suciedad, la marca de ruedas nuevas, recientes; alguien había traído material esa misma madrugada.

—Pista fresca —murmuró.

Mientras revisaba el perímetro, escuchó el zumbido de una pequeña radio encendida en la esquina más oscura del local. Era una radio portátil, y de ella colgaba una cinta magnética aún caliente al tacto; alguien había grabado la misma emisión que escuchó en su casa y la había reproducido en el almacén. Junto a la radio, un par de guantes estaban esparcidos en el suelo, uno cubierto de hollín y el otro con un olor leve a barniz.

—Alguien estuvo aquí —dijo, y no era una observación sino una certeza.

En ese momento, a la entrada del galpón se oyó un tropel. No era el ruido deliberado de alguien que buscaba a la vista, sino el paso rápido de quien corría y esperaba no ser oído. Charlesman se escondió detrás de una pila de cajas y sujetó a Max que, lejos de quedarse quieto, se preparó para cualquier orden. Vio pasar una sombra ligera, con la silueta de alguien relativamente joven, sin poder distinguir más.

La voz en el cerrojo del local tenía la misma urgencia que la transmisión radia; hizo que al latido no le sobrara un compás. Salieron tras la sombra por los pasillos traseros de la estación. La persecución fue torpe al principio: calles estrechas, un perro y un chico, una ciudad que mezcla orden y abandono. El

perseguidor dobló en una esquina y desapareció en una escalera que subía hacia un predio de viviendas intermedias.

Al final de la escalera, la sombra se desvanecía por la azotea. Charlesman subió a toda velocidad. Desde arriba, vio a la figura detenerse y agachar la cabeza bajo la lluvia fina que comenzaba. El perseguido ni siquiera intentó correr más. Cuando Charlesman y Max llegaron, la persona alzó las manos con resignación: una chica de menos de dieciocho años, pantalones rotos, pelo alborotado y ojos que no eran de la calle, sino de alguien acostumbrado a mirar demasiado.

—No te detendré —dijo la chica, la voz temblorosa—. Vine porque tenía que escuchar. Pensé que era... pensé que era para mí.

La sorpresa de Charlesman fue doble. Primero, porque la chica no parecía enemiga; segundo, porque su presencia hablaba de más gente involucrada, de secretos compartidos a medias.

—¿Para ti? —preguntó, con cuidado—. ¿Qué crees que dicen?

Ella respiró hondo.

—Hablan de que algo va a pasar en el muelle viejo. Dicen... dicen que traerán cajas. Muchas cajas. Y que no debemos estar ahí.

La palabra “muelle” no estaba en el mensaje original. Había ahora dos lugares: el almacén junto a la cuarta vía y el muelle. La radio hablaba en códigos, pero los códigos podían tener errores, o alguien podía insertar desinformación. Charlesman apretó las manos alrededor de la linterna.

—¿Quién eres? —insistió.

—Me llamo Lila —contestó ella—. Trabajo en la emisora de la plaza. Soy la que pasa los vinilos a la madrugada. Ayer me llegó una cinta que no era mía pero que puse por equivocación. Había algo en la parte de atrás que no encajaba con el programa. Escuché una frase repetida... y me quedé con miedo.

—¿Por qué no dijiste nada antes? —preguntó Charlesman.

Ella miró al suelo y dijo lo que cualquier muchacha diría: que las voces tardan en hacer creer, que la gente teme parecer paranoico. Dijo también que había sido amenazada por un hombre en la emisora, un tipo pequeño con manos amarillas, que no quería preguntas. Eso bastó para que Charlesman supiera que la emisora —o alguien dentro de ella— estaba comprometida.

Antes de que pudieran hablar más, un claxon sonó a lo lejos. Un vehículo se movía a toda prisa por la calle principal. Lila agarró un antiguo sobre que llevaba en el bolsillo y se lo dio a Charlesman.

—Si me pasa algo —susurró—, corre a tu abuelo y dile que te dije la verdad.

La entrega fue casi cinematográfica: un secreto entregado como si una palabra pudiera salvar vidas. Charlesman no tuvo tiempo de preguntarle más; Lila se alejó por los tejados como una sombra, y él volvió a bajar con Max al almacén para revisar la cinta.

La cinta tenía algo que sobresalía: una mezcla de grabaciones. En el fondo sonaban fragmentos de un programa de música, pero cada minuto y medio, una serie de notas repetidas se dejaban escuchar. Charlesman colocó la cinta en su reproductor y bajó la velocidad. A veces, las voces dicen más cuando se vuelven lentas; a veces, el sinsentido revela sentido. Escuchó la pista hasta

encontrar un ritmo que, al convertirlo en números, le marcó coordenadas simples: dos cifras que podían corresponder a bloques del barrio y una hora.

No obstante, había algo que no encajaba: las coordenadas marcaban un sitio distinto del muelle; marcaban más bien el almacén, pero la hora coincidía con la del muelle (un período de madrugada, alrededor de las cuatro). Charlesman cerró los ojos un instante. Alguien estaba jugando a varios frentes: desviar la atención, sembrar informantes, controlar quién escuchaba qué.

Pensó en Vega, el sargento que siempre se mostraba despectivo. Pensó en El Flaco, el viejo informante que conocía el pulso de la ciudad. Llamó primero a El Flaco. Le pidió que rastreara si había carros grandes en la zona del muelle esa noche y le advirtiera a cualquier ojo vigilante.

—Ten cuidado —dijo El Flaco por el auricular—. Hay gente que no le gusta que rasquen; y cuando no les gusta, cierran bocas.

La madrugada llegó como un pájaro lento. El muelle estaba desierto, con la excepción de una farola que parpadeaba y unos contenedores apilados como sombras. Las olas golpeaban con un murmullo que parecía querer contar algo que la gente no escuchaba. Charlesman se escondió tras una caja de madera junto a Max. La lluvia había cesado, pero dejaba en el aire un perfume metálico.

En el muelle, una furgoneta negra se detuvo con sigilo. Unos hombres bajaron y comenzaron a descargar cajas de aspecto habitual. Vestían monos oscuros y guantes. No parecían profesionales —profesionales no hablaban tanto—: murmuraban entre ellos, miraban al cielo, al suelo, a la nada. Eran cuidadosos, como si trabajaran con prisa y con miedo.

Charlesman pudo ver, desde su escondite, que las cajas llevaban etiquetas con un símbolo: una S estilizada en círculo. Un símbolo que ya le resultaba familiar de casos anteriores. "La Sombra". Las piezas se alinearon en su cabeza con la precisión de un rompecabezas: la estación, la radio, la emisora, el almacén, el muelle. No eran actos aislados: eran movimientos de una misma mano.

Decidió actuar. No con heroísmos desmedidos ni con imprudencias. Caminó hacia la luz, dejando ver su figura en la penumbra. Los hombres se sobresaltaron; uno apuntó con una linterna que cortó el aire. Pero antes de que cualquier cosa ocurriera, una voz —grave, conocida para Charlesman por las historias de la policía— se hizo oír desde detrás de los contenedores.

—¿Qué hacen aquí, chicos? —dijo el sargento Vega, con la gorra ladeada.

La presencia de Vega no fue tranquilizadora. Sus ojos brillaban de una manera que no era solo profesionalismo: brillaban de cálculo. Uno de los hombres, al ver al sargento, inclinó la cabeza. La situación, que podía haberse resuelto con una simple intervención, se volvió volátil. Vega se acercó con pasos medidos, como si tuviera una coreografía ensayada.

—Todo en orden —dijo Vega, girando la vista hacia Charlesman—. No es sitio para críos. Váyanse a casa.

—No están descargando cosas legales —respondió Charlesman sin temor—. ¿Por qué llevan cajas con ese símbolo?

Vega miró a los hombres, y su sonrisa fue pequeña pero suficiente. — Documentos para la demolición. Cosas que vamos a trasladar a la municipalidad. Nada que deba inquietarte.

Uno de los hombres se acercó a Charlesman con la mano extendida para empujarle, pero Max, sin aviso, gruñó con un sonido tan profundo que el hombre retrocedió. En ese gesto hubo valentía animal y claridad humana: no se toleraban más engaños.

—¿Qué llevan en las cajas? —preguntó Charlesman, más insistente.

Vega vaciló apenas un segundo. Fue suficiente. El Flaco había dicho por la radio que la Sombra sabía cómo comprar silencios. Charlesman supo en ese instante que Vega estaba al menos cruzado con ellos. La noche se volvió más densa.

Antes de que la situación escalara, un estruendo cortó el aire: una de las cajas explotó al abrirse. No fue una explosión que hiciera volar pedazos, sino un estallido de luz y sonido: dentro habían encontrado equipos electrónicos con paneles listos para emitir señales. Dos de los hombres comenzaron a discutir con ira. La caja prometía más de lo que aparentaba: no documentos para demolición sino equipos para una transmisión pirata. La Sombra no solo movía cosas; también movía palabras.

En la pelea que siguió, la confusión fue la mejor aliada de Charlesman. Un empujón, una carrera, Max se interpuso entre un hombre y la salida. Charlesman vio cómo uno de los sujetos intentaba dirigirse al muelle con una mochila al hombro. Lo alcanzó con un salto torpe y una zancada que eludió la sorpresa. La mochila cayó abierta: dentro, rollos de cinta, radiotransmisores pequeños y una lista con nombres y direcciones.

No logró arrestar a nadie y nadie lo arrestó a él. La noche se resolvió en carreras, en callejones, en hombres que se perdían entre sombras. Cuando la

calma volvió, Charlesman se quedó con la lista en las manos, las rodillas temblando y Max orgulloso a su lado. La tinta había corrido y sobre la lista, en una esquina, había una nota que no era encriptada: “Próxima emisión: medianoche. No fallen”.

La ciudad despertó al día siguiente sin saber que en su costado había una red tentacular que planeaba usar las ondas para algo mayor. Para Charlesman, sin embargo, la noche había dejado pistas y certezas: la emisora de la plaza era un nudo; Vega, un posible eslabón débil; la Sombra, una presencia creciente. Y la radio, esa voz entre la estática, era ahora una llave que abría puertas peligrosas.

Se sentó en la acera con la lista extendida y la mirada hacia el horizonte. Lejana, la emisora de la plaza levantaba una antena que en la mañana parecía inocua, una pieza más del paisaje. Max se recostó cerca de él y apoyó la cabeza en su muslo. El perro no necesitaba que Charlesman le dijera qué hacer; los dos sabían que la jornada no había terminado. Apenas comenzaba.

En su libreta escribió dos palabras que significaban más que un plan: “Vigilancia — medianoche”. Y debajo, como si quisiera dejar una nota para él mismo cuando las dudas lo asaltaran: “No confíes en quien evita la luz”. Luego, se levantó, se limpió la ropa y fue a conseguir café. Había voces aún por escuchar y noches enteras en las que la radio volvería a hablar.



CAPÍTULO XIV

PISTAS EN LA NIEBLA

La mañana comenzó envuelta en un manto espeso de niebla que parecía tragarse las calles, las casas y hasta los rostros de quienes intentaban caminar con normalidad. Era una niebla densa, húmeda, tan cerrada que borraba las líneas familiares del barrio y convertía lo cotidiano en algo extraño, casi siniestro. El sonido de las campanas de la iglesia llegaba apagado, como si la propia niebla se encargara de amortiguar cada vibración.

Charlesman estaba en la ventana de su oficina, mirando cómo el mundo se desdibujaba ante sus ojos. Tenía en la mano una taza de café que ya se había enfriado y, a sus pies, Max se removía inquieto, olfateando el aire como si tratara de encontrar un olor escondido entre tanta humedad.

—Lo sientes, ¿verdad, amigo? —murmuró Charlesman, agachándose para acariciarle la cabeza—. Esta niebla no es normal. Trae consigo algo más.

Max respondió con un ladrido suave, un aviso de que él también presentía algo extraño.

El primer golpe en la puerta llegó de manera brusca, sacándolo de sus pensamientos. Charlesman giró sobre sus pasos y abrió. Allí estaba Doña Rosa, la vecina de la esquina. Su pañuelo cubría apenas su cabello desordenado y el temblor en sus manos revelaba que venía alterada.

—¡Charlesman, hijo! —exclamó con voz quebrada—. ¡Han desaparecido cosas en mi casa!

El detective la invitó a pasar, y ella se desplomó en una de las sillas de madera.

—Mi anillo de bodas —dijo con la respiración agitada—. Estaba en la mesita de noche, junto a la cama. Y cuando me levanté esta mañana... ¡había desaparecido!

Charlesman frunció el ceño.

—¿La puerta estaba cerrada? ¿Las ventanas?

—Todo estaba en su sitio. Ni una rendija abierta. Y lo más raro... no escuché nada. Como si alguien hubiera entrado y salido envuelto en la niebla.

Charlesman hizo una nota rápida en su libreta. Max, mientras tanto, olía con insistencia el borde de la falda de la mujer, como si pudiera captar rastros invisibles.

—No es la única —interrumpió una voz desde la puerta. Era don Elías, el zapatero del barrio—. A mí me han robado el reloj de bolsillo. Lo tenía guardado en el cajón del taller, y esta mañana ya no estaba.

En cuestión de media hora, la oficina de Charlesman se llenó de vecinos que repetían la misma historia: objetos valiosos desaparecidos en la madrugada. Una bicicleta nueva, un juego de pendientes de oro, hasta una radio pequeña. Nadie había visto nada. Nadie había escuchado nada. Solo la niebla.

Charlesman los escuchó a todos con calma, tomando nota de cada detalle. Cuando la multitud comenzó a dispersarse, se puso de pie, tomó su abrigo y le hizo una seña a Max.

—Vamos, amigo. La niebla nos está diciendo algo, y tenemos que escucharla.

Las calles se sentían irreales. El sonido de sus pasos y las uñas de Max golpeando el pavimento eran lo único que parecía firme en aquel mar de vapor gris. Charlesman caminaba despacio, con la libreta abierta, observando cada rincón con atención.

—Mira, Max —señaló en el suelo—. ¿Lo ves?

Unas marcas apenas visibles en el barro: huellas de ruedas, quizás de una carreta o un carro pequeño. Se inclinó para tocarlas. La tierra aún estaba fresca, lo que significaba que habían pasado pocas horas desde que alguien transitó por ahí.

Max olfateó las huellas y gruñó suavemente. Charlesman sonrió.

—Buen chico. Vamos a seguir las.

Las marcas los llevaron hasta la esquina donde vivía Doña Rosa. Allí, sin embargo, se desvanecían bajo un charco de agua. Charlesman frunció el ceño.

—Demasiado fácil... demasiado limpio.

Una voz chillona los sacó de su concentración.

—¡Charlesman! ¡Por aquí!

Era Julián, un niño del vecindario que siempre estaba metido en líos. Tenía los pantalones cortos manchados de barro y los ojos brillando de emoción.

—Yo escuché algo anoche —dijo jadeando—. Como un carro, pero viejo... rechinaba. Pasó por la calle de atrás, cerca de la panadería.

—¿A qué hora? —preguntó Charlesman.

—No sé... todavía no había cantado el gallo.

El detective anotó el dato, agradeció al niño y continuó. Max, sin embargo, se quedó un instante olfateando el aire en dirección a la panadería.

Al doblar una esquina, se encontraron con el sargento Vega, un policía fornido que nunca había tomado en serio a Charlesman. Se estaba encendiendo un cigarrillo bajo la marquesina de una tienda cerrada.

—¿Y ahora qué? —dijo con tono burlón—. ¿El pequeño sabueso quiere resolver el misterio de la niebla?

Charlesman lo miró sin inmutarse.

—Han robado en varias casas. ¿Piensa hacer algo al respecto?

Vega soltó una carcajada amarga.

—Muchacho, los robos son pan de cada día. Lo raro sería que no pasara. Anda a jugar con tu perro.

Charlesman se guardó la rabia. Sabía que discutir con Vega era perder el tiempo. Pero también sabía que, si él no se ocupaba del asunto, nadie más lo haría.

Esa tarde, mientras recorrían una calle estrecha, Max comenzó a ladrar con fuerza. Charlesman levantó la vista justo a tiempo para ver una figura escurridiza perdiéndose entre la bruma.

—¡Alto! —gritó, y salió corriendo.

La persecución fue frenética. La niebla se volvía un enemigo más, ocultando esquinas, alargando sombras, borrando caminos. La figura dobló por un callejón y Charlesman aceleró el paso, Max corriendo a su lado.

Cuando llegaron al final, no había nadie. Solo un guante de cuero negro tirado en el suelo. Charlesman lo recogió, lo examinó con cuidado. No había iniciales, pero sí un olor a gasolina.

—Esto no es un robo común, Max. Aquí hay algo más.

Esa noche, mientras analizaba las pistas en su oficina, Doña Rosa volvió, esta vez con una acusación directa.

—¡Fue don Basilio! —aseguró con el dedo en alto—. Lo vi rondando por mi ventana cuando la niebla estaba más densa.

Charlesman decidió investigarlo. Se acercó a la casa de Basilio, un hombre solitario y gruñón. Pero tras revisar su lugar, no encontró nada sospechoso. Ni objetos robados, ni huellas, ni olor a gasolina.

—Pista falsa —susurró para sí.

Max ladró, como si confirmara su pensamiento.

Las horas siguientes fueron de frustración. Las huellas desaparecían, las historias se contradecían. Hasta que Charlesman recordó el detalle del carro viejo que Julián mencionó. Decidió regresar a la panadería. Allí, al borde de la vereda, encontró marcas de llantas impregnadas en el barro.

—Aquí estuvieron —dijo en voz baja—. Y no solo para robar. Están planeando algo más grande.

Max gruñó de nuevo. Charlesman acarició su cabeza.

—Lo sé, amigo. Esto no es sobre objetos perdidos. Esto es una distracción.

La madrugada siguiente, cuando la niebla comenzaba a disiparse, Charlesman se quedó de pie en la esquina principal del barrio. Tenía en el bolsillo el guante negro y en la cabeza un mapa mental de cada rastro. No había cerrado el caso, pero había comprendido algo vital: los robos eran solo una pantalla. “La Sombra”, esa organización que ya había descubierto en casos anteriores, estaba usando la confusión para preparar un movimiento mayor.

Max se acomodó junto a él, vigilando en silencio.

—Esto apenas comienza —dijo Charlesman, mirando cómo la niebla se levantaba lentamente—. Y lo que se esconde detrás será mucho más peligroso.

El sol tímido asomó por fin, iluminando las calles húmedas. El barrio parecía volver a la calma, pero Charlesman sabía que era solo una ilusión. La verdadera tormenta aún estaba por llegar.



CAPÍTULO XV

LA DECODIFICACIÓN FINAL

La noche se había cerrado sobre el barrio con un manto espeso de neblina. Las luces mortecinas de los postes apenas lograban atravesar la bruma, y las calles, aún húmedas por la lluvia de la tarde, parecían espejos quebrados que devolvían reflejos amarillentos. Charlesman caminaba en silencio, sintiendo cómo cada paso resonaba en los charcos, acompañado por el eco distante de algún motor viejo y los ladridos de perros invisibles.

No era la primera vez que volvía tarde a su oficina, pero esa noche pesaba distinta. Había resuelto demasiados casos en las últimas semanas, casos que a primera vista no tenían conexión entre sí: desapariciones repentinas, robos sin explicación lógica, mensajes encriptados que aparecían en buzones olvidados. Sin embargo, en su instinto de detective algo se agitaba: todas esas piezas, aisladas, parecían formar parte de un mosaico mayor.

Al llegar, empujó la puerta de madera que crujió como si protestara por el frío. Adentro, Max su perro y amigo lo esperaba. Estaba inclinado sobre la mesa de trabajo, rodeado de papeles, periódicos recortados y tazas de café vacías. No levantó la vista cuando escuchó la puerta, simplemente ladro a viva voz, como queriendo señalar algo muy importante. Es dónde Charlesman infirió por dentro:

—Ya era hora. Pensé que ibas a seguir dando vueltas a la manzana como un perro sin rumbo.

Charlesman dejó el sombrero en el perchero, se sacudió la humedad de la chaqueta y avanzó hacia la mesa.

—Necesitaba pensar. A veces las calles hablan más que los papeles.

Max levantó por fin la mirada. Sus ojos tenían esa mezcla de cansancio y brillo febril que solo aparece cuando la obsesión se adueña de alguien, y siendo un perro adiestrado para la aventura, empezó a mover la cola, zigzagueando en el ambiente. Por lo que Charlesman señaló:

—He estado revisando mis notas. Y... tienes razón. Nada de esto es aislado, mi estimado amigo Max.

Charlesman arqueó una ceja, interesado.

—¿Encontraste algo?

Max asintió y señaló con su patita en un mapa extendido sobre la mesa. Había marcas en rojo, azul y negro, como cicatrices que unían distintos puntos del barrio.

Cuando Charlesman le dice a Max, —Mira: la desaparición de Mariela ocurrió aquí, a dos calles del depósito robado. Y el mensaje cifrado que logramos descifrar ayer... menciona esta dirección, que está justo en medio de ambos lugares. ¿Casualidad?

Charlesman se inclinó sobre el mapa, observando con detenimiento. El aire de la oficina olía a papel húmedo, tabaco y café frío. Todo en ese ambiente invitaba a pensar, a perderse en la maraña de pistas.

—No hay casualidades —murmuró—. Lo que tenemos es una red. Una organización que ha sabido ocultarse entre los pliegues de la ciudad, señalo Charlesman.

El silencio se apoderó del cuarto, roto solo por el tictac del reloj de pared. Afuera, la lluvia regresó con fuerza, tamborileando contra los vidrios.

Dos horas más tarde, Charlesman y Max caminaban por el callejón de los Curtidores, un lugar estrecho y oscuro donde las sombras parecían más densas que en cualquier otra parte del barrio. Iban a reunirse con "El Flaco" Medina, un viejo informante que conocía los movimientos del hampa mejor que nadie.

El Flaco apareció envuelto en un abrigo raído, con el cigarrillo colgándole de los labios.

—Charlesman —saludó con voz ronca—. Me sorprende que sigas vivo con lo que andas hurgando.

—Dime lo que sabes —respondió el niño detective sin rodeos.

El Flaco sonrió de lado.

—Los tipos que buscas no son improvisados. Se hacen llamar "La Sombra". Y créeme, muchacho, no quieren controlar solo este barrio...

—¿Qué quieren? —sostuvo Charlesman, inquieto.

El Flaco los miró con ojos cansados.

—Influencia. Dinero. Poder. Lo de siempre. Pero tienen un plan más grande. Ya infiltraron a algunos en la comisaría. Y si me apuras... también en la municipalidad.

Charlesman sintió un escalofrío.

—¿Tienes pruebas?

El Flaco soltó una carcajada breve y amarga.

—¿Pruebas? Claro que no. Si las tuviera, estaría muerto. Pero ustedes son listos. Sabrán dónde buscar.

La conversación se interrumpió cuando unos pasos resonaron al final del callejón. Tres figuras se recortaban contra la luz tenue. Iban directo hacia ellos.

—Mierda —murmuró El Flaco—. Tenemos compañía.

Los tres hombres aceleraron el paso. Charlesman no dudó:

—¡Corre!

La persecución fue frenética. El Flaco desapareció en cuanto sonaron los primeros gritos, perdiéndose entre pasajes oscuros. Charlesman y Max corrieron por las calles mojadas, esquivando charcos y bolsas de basura. Atrás, los pasos de los perseguidores retumbaban como martillazos.

Doblaron por una esquina y Charlesman empujó a Max contra una puerta de madera vieja.

—¡Aquí!

Entraron a un taller abandonado, donde el olor a óxido y grasa aún flotaba en el aire. Se escondieron detrás de un montón de chatarra. Los hombres pasaron de largo, sus voces resonando con furia.

Max como si fuera una persona no ladraba y respiraba agitado.

—Esto no puede seguir así, señalo Charlesman. Si tienen hombres en la policía, ¿a quién vamos a recurrir mi estimado compañero?

Charlesman se sintió desairado, inquieto, y miró con frialdad a Max, respondiéndose así mismo.

—A nadie. Si estamos solos, mejor. Así no nos traicionan.

De regreso en la oficina, Charlesman reviso las notas con manos temblorosas. Charlesman aún no lograba recuperar el aliento. Pero parecía más determinado que nunca.

—Tenemos que descifrar el último código —dijo—. Ese papel que encontramos en el sobre anónimo.

Trabajo por horas, usando libros viejos, manuales de criptografía, hasta un espejo para descifrar las letras invertidas. Cuando al fin lograron armar el mensaje, Charlesman lo leyó en voz alta:

"El barrio es solo el inicio. La ciudad caerá pronto bajo la Sombra."

Un silencio denso se instaló. Charlesman cerró los ojos un instante, sintiendo que el peso de la verdad caía sobre sus hombros.

—Esto apenas comienza —susurró.

Max empezó a ladrar y a dar vueltas como si supiera que Charlesman estaba por descubrir la verdad.

—Entonces prepárate, amigo. Porque las sombras no se enfrentan con linternas... se enfrentan con coraje, replicó Charlesman.

Y mientras la lluvia continuaba golpeando las ventanas, los dos sabían que el caso no estaba resuelto, sino que apenas se abría la primera puerta de un laberinto mucho más oscuro. En efecto, Charlesman estaba a punto de encontrar las respuestas a las siguientes interrogantes: ¿Quién era en realidad “El Flaco” Medina? ¿Qué es “La Sombra”? ¿Qué otras pistas encontrarán Charlesman y Max para descubrir la verdad?

- Continuará -



The neighborhood
is the beginning
just is the city beginning.
DO NOT TO BE LOST.
1234567890
The city will soon fall
to the Shadow.